
CAPITULO XXVIII.

De como Bartolomé de Yeste cumplió su ofrecimiento á Luis Segado, y de como al fin quedó este convencido de que habia sido burlado indignamente.

No se habian apagado bien los ecos del toque de oraciones, dados en la alta torre de la Catedral, cuando dos embozados, al parecer hidalgos á juzgar por su porte y sus vestidos, muy pegados al muro del adarve por la parte interior de la ciudad, á riesgo de salir heridos por el desprendimiento de las viejas almenas que coronaban la muralla, se deslizaron cautelosamente hasta llegar al cubo de una elegante torrecilla, en el cual se apoyaba el ángulo Nordeste de la arabesca casa de Archivel, junto al portillo de la Morería.

—¿Qué haremos para entrar, señor Bartolomé de Yeste?,
—preguntó Luis Segado con voz apenas perceptible y bajando el embozo de su capa.

Yo no sabría decíroslo, pero hemos de lograrlo, vive Dios, aunque se oponga el mismo infierno.

Al decir tales frases el soldado tanteó una puertecilla tachonada, y forrada de hierro, que se embutía en el muro de la torre, y sacudióla fuertemente procurando no obstante evitar el ruido que habría sin duda agitado sus proyectos.

La puerta cedió al fin.

—Preparad vuestras armas y seguidme,—dijo el soldado al jóven.

Este sacó la espada y montó un pistoleto con que armó á prevencion su mano izquierda.

—Os sigo, amigo mio,—le respondió el alférez con voz queda.—Abrid vos el camino, yo os guardo las espaldas, no temais.

—Nunca conocí el miedo, señor mio,—le contestó el soldado con onajo,—Pudisteis evitaros tal consejo.

—Perdonad, señor Bartolomé de Yesto,—le dijo Luis Segado con viveza.—No pretendí ofenderos.

—Ni yo lo tomé á ofensa, que de ser otro, vive Dios, el que dijera esas palabras con la intencion de herirme, aquí, en la oscuridad, lo habría sabido responder. Pero seguidme sin hablar que oigo un leve ruido y creo ver el reflejo de una luz.

Siguieron ambos silenciosamente por un pasillo oscuro y prolongado, en cuyo negro fondo se proyectaba un rayo luminoso.

Aquel débil reflejo se escapaba á través de la hendidura de una cerrada puerta, ornamentada primorosamente, segun los caballeros pudieron apreciar por el contacto de sus manos, que resvalaron suavemente sobre el mármol cubierto de esculturas.

Poco tiempo pasó sin que escucháran ambos caballeros

el dulcísimo acento de una voz, que vino á despertar en ellos los punzantes recuerdos de momentos de dicha embriagadora.

—No llores, buen Hamet, articulaba aquella voz;—si soy pobre de hacienda, rica soy de ventura por mi vida, que si doné mi oro á ese duque de Lerma, á quien Alah condene eternamente, he salvado la vida á mi Ismael.

—¿Tanto ós tu amor por él, sultana mia?

—Desde el dia en que le ví por vez primera le consagré mi amor, mi alma, mi vida, cuanto soy, cuanto valgo y hasta mi salvacion eterna.

—Pensé que la locura del amor, del hermoso y valiente caballero que te salvó en Riquelme de un ultraje y que mató á dos nobles valencianos; y despues la pasion de aquél alferez elegante y hermoso, que te adoraba como Alah, te habrian hecho olvidar.

—¿Olvidar yo á Ismael por el estúpido de Yeste ó por el mozalvete Luis Segado? No me conoces bien, Hamet. No fué en verdad amor lo que sentí por esos dos menguados; fué el soldado un capricho que estuvo á punto de perderme con su brutalidad: en cuanto á Luis Segado, me sirvió de instrumento para dar la victoria á mi Ismael y para que escapára á la justicia, lo cual pude lograr merced á la locura del alferez.

En tanto que escuchaban los hidalgos, tocábanse los codos de una manera convulsiva sin atreverse á respirar siquiera, para que á sus oidos no escapára una frase de las que pronunciaba la morisca.

Al sentirse aludido Luis Segado, en su impetuosidad, estuvo á punto de empujar la puerta, pero el soldado le contuvo y ambos siguieron escuchando.

—Sultana mia,—dijo el viejo morisco á su señora,—veo que en tu corazon reina Ismael, mas por Alah te juro,

que es muchísima cosa perdor toda tu hacienda por salvarlo. Dentro de algunas horas tendrás que abandonar la magnífica casa de tu padre; eso avaro Balcucuda pretende hacer reformas y ya ha mandado á su alarifo.

—Ésta misma semana lo harás entregado ella, Hamet, y escusa el llanto, por Mahoma; ¿no ves como no lloro? Cuando vendas los muebles de esta casa te iras al Africa á buscarme; allí te aguardaré con Ismael.

—¿Viste al emir á tu llegada?, —la preguntó el anciano.

—No me han dejado verle; mañana buscaré al Alcalde, le enseñaré la cédula real y se verá obligado á abandonar su codiciada presa.

—¿Y creés que acatará esa órden?; ¿no temes por ventura, que trate de dudar de la autenticidad de ese papel? Ten en cuenta, sultana, que el Alcalde mayor profesa á nuestra raza un odio semejante al que nosotros le tenemos.

—Nada temas, Hamet, —le dijo Estrella sonriendo y desdoblando un pliego que sacó de su pecho. —Mira este sello, —continuó, —vé la firma del rey y las de los señores del consejo. Además, sobrado terminante es el mandato; escucha su lectura,

Y la jóven leyó:

«Don Felipe III, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbos, de Algeciras, de Gibraltar, señor de Vizcaya, Molina etc etc, á vos, nuestro Alcalde mayor y Teniente-Corregidor de la ciudad de Cartagena, salud y gracia: sepades que vista há sido por mi Real Consejo la causa seguida por ante vos, por denunciacion del fiscal de nuestra Jurisdiccion Real en la dicha ciudad de Car-

tagona, contra el morisco Ismael-Ben-Utemí, esclavo que fué de Bartolomé Segado y bautizado con el nombre de Luis de Narvaez, preso en la carcel de dicha ciudad de Cartagena por el delito de rebelion contra nuestra Real Magestad y Sacrosanta Religion, y sentenciado á morir en la horca; por quanto en atencion á su arrepentimiento y á ser el dicho Ismael-Ben-Utemí, deudo cercano de nuestro aliado Said Xatim-Ben-Seremeth-Ben-El Kadí, Rey y Señor de El Kouk y de su Amelia de Muthijah, á quien nuestra Real voluntad desea honrar como á buen aliado, venimos en perdonar y perdonamos al dicho Luis de Narvaez el susodicho delito de rebelion, por lo cual os mandamos á vos, nuestro Alcalde mayor de la ciudad de Cartagena, que á la vista de esta nuestra Real Cédula proveais cédula de libertad en favor del susodicho Ismael-Ben-Utemí: tal es nuestra soberana voluntad.==Dado en nuestra Real Cámara á seis días del mes de Enero de mil seiscientos y diez años.==El Rey.==El Marqués de Valle.==El Licenciado, Don Luis Ocon de Salcedo.==El Licenciado, Don Anselmo de Medinilla.==El Licenciado, Melchor de Molina.==Por acuerdo del consejo de S. M., Bartolomé Lopez Guerra.

—Segun veo, —dijo el anciano Hamet, —nada debes temer.

—Nada, gracias á Alah. Ahora, mi buen Hamet, déjame descansar. Mañana, bien temprano, dá cumplimiento á mis mandatos; que esté la nave lista para darse á la vela al medio dia.

Retiróse el morisco y avanzó hácia la puerta, tras de la que se hallaban los hidalgos.

Abrió el moro la puerta y dió un grito de espanto: se apoyaba en su pecho la aguda punta de una daga y se acercó á sus ojos el temible cañon de un pistolete, que en su sinies-

tra mano le mostraba Segado con ánimo resuelto de hacer fuego.

Por su parte, Bartolomé de Yeste, se avalanzó á la cámara y corrió tras de Estrella, que llena de pavor dejó caer de sus manos la real cédula.

Pocas palabras se cruzaron entre agresores y agredidos.

Oscos, terribles ó implacables, los jóvenes hidalgos trincaron sin piedad á la aterrada Estrella y al morisco.

Despues, Bartolomé de Yeste que conducia la empresa como jefe, dejando en guardia á Luis Segado, examinó la casa y acertó á dar con una pieza subterránea que no tenia salida, salvo la puerta que á ella conducia que era fuerte y ferrada, y en esta habitacion encerraron á Estrella y al morisco.

Yeste cerró la puerta y se guardó la llave. Despues dijo á Segado:

—A vos os toca dar la guardia. Yo me voy á cumplir con mi deber.

Y en efecto, marchóse á la alcaldía en la cual celebró una importante conferencia con el señor Juan de Tudola.

Aquella misma noche, Estrella y su criado fueron llevados al Castillo, en cuyos subterráneos se custodiaban con seguridad los reos de mas cuantía, y fueron encerrados separadamente.

CAPITULO XXIV.

De como se hicieron patentes muchas estupendas verdades á beneficio del tormento.

Al dia siguiente por la tarde, subieron al Castillo el Alcalde mayor, Bartolomé de Yeste y Luis Segado.

Al llegar al Alcázar, entraron á un salon débilmente alumbrado por una lámpara de hierro.

En un testero del salon habia una mesa con tapete negro, iluminada por dos cirios, cuyas llamas raquíticas é inciertas solo irradiaban débilmente en un pequeño espacio, iluminando apenas al Alcalde que se sentaba junto á aquella mesa.

Los hidalgos Bartolomé de Yeste y Luis Segado, sentáronse tambien detrás del juez, fuera del pobre círculo que aquellas luces fulguraban.

El Alcalde mayor, hizo que lo llevaran á Narvaez.

Cuando el sargento de milicias que se hallaba de guardia y que habia recibido aquella órden, penetró en la prision, el desdichado jóven á quien por la mañana leyeron su sentencia capital, creyó que lo llamaban desde luego para llevarlo á la capilla.

—¿Qué me queréis?,—le preguntó al sargento.

—Sígueme, moro,—dijo éste con brusco é imperioso tono.

Tras de aquel veterano seguian dos milicianos de la guardia con las espadas en las diestras, y á una señal de aquel, pusieronse á los lados de Narvaez. Esto siguió los pasos del sargento.

Cuando llegaron á la cámara entró delante el veterano, y apartándose á un lado hizo avanzar al reo hasta llegar muy cerca de la mesa.

—Dejadnos, señor sargento,—dijo Juan de Tudela.

—¿Daré la guardia en la antecámara?,—le preguntó al Alcalde, cuadrado y saludando marcialmente.

—No es necesario, retiraos,—le contestó Juan de Tudela;—si os necesito os llamaré.

El sargento salió.

Segado y Yeste en tanto, se encontraban envueltos en la sombra.

Para Luis de Narvaez él solo se encontraba en el salon en presencia del juez.

—Sentenciado,—le preguntó el Alcalde;—¿sabéis la suerte que os esperá?

—Ayer, por órden de vuestra merced, me leyó la sentencia el escribano,—le contestó Narvaez con la mayor serenidad.

—¿Nada esperáis?,—volviólo á preguntar Tudela.

—Si, señor Juez; la paz eterna del sepulcro.

—¿No vislumbrais un rayo de esperanza? Tened en cuenta, jóven, que me contrista vuestra mala suerte.

—Una abriga mi alma: la conmiseracion de Dios.

—Qué ¿no tenéis amigos?

—Ninguno tengo por mi vida, y si alguien gestionára en mi favor miraria en él á un enemigo. Me es odiosa la vida.

—¿Decís que no tenéis amigos?—le replicó el Alcalde; —conozco á un jóven negro cuya adhesion por vos es bien notoria.

—¡Pobre Selim!, —exclamó el sentenciado amargamente. Y qué podría hacer él?; llorar mi muerte, nada mas.

—Nada podría, en efecto, entregado á sus fuerzas que son débiles, —le contestó el Alcalde con acento sentido y cariñoso; —pero ¿si alguien que os ama le auxiliara....?

—Señor Alcalde, —le interrumpió Narvaez; —me encuentro sentenciado á muerte; hacedme ahorcar cuando así os plazca, pero no os ensañéis con el que va á morir. Si sois cristiano demostradlo dejándome morir sin agitar mi espíritu.

—Cumpló con mi deber, —le dijo el juez fijando su mirada en el rostro del jóven, que estaba inalterable y resignado; —ha llegado á mi oido que una mujer que os ama, aborreciendo su fortuna intenta libertaros de la muerte. ¿Conoceréis pues á esa mujer?

—Si es cierta esa noticia, —le respondió Narvaez despues de meditar un breve instante, —quizás no me equivoque en mi sospecha.

—Quó, ¿careceis de noticias por ventura de los conatos de esa jóven?

—Sí, señor juez, lo juro por mi honor.

—¿Cómo, pues, sospechais....?

—Porque en otra ocasion, en que tambien estuve á

punto de morir bajo la mano del verdugo, la mujer que despierta mis sospechas quiso tambien salvarme....

—Y os salvó,—le interrumpió el Alcalde con el acento mas seguro.

—¿Presumís que fué ella...?—le preguntó Narvaez.

—No es una presuncion, estoy seguro;—le replicó el Alcalde con el acento de la conviccion.

—Dudo que lo sepais,—le dijo el jóven árabe admirado.

—Pues escuchadme, seor morisco: llegó la noche precursora del dia de vuestra muerte: una hermosa señora penetró en la prision en que os hallábais y os dió una lima y una escala. Al cabo de una hora, bajo el robusto muro de la torre que os servia de prision y que escalásteis, vuestro leal servidor, ese negro Selim que os he nombrado, os recibió en sus brazos, os dió un traje de hidalgo y os presentó un corcél.

—Confuso me dejais, señor Alcalde,—le interrumpió el morisco con asombro.

—¿Llegásteis á saber,—le preguntó Juan de Tudela,—de quien era el vestido que os dió el negro Selim para que os disfrazásois?

—No, señor juez, lo ignoro.

—Discreto sois,—le replicó el Alcalde;—mas no creais á fé mia, que tomo á mal vuestra reserva. Escuchad y os diré los nombres y apellidos de los que intervinieron en el hecho; aquella hermosa jóven que entonces os salvó y que al presente trata de salvaros, se llama Estrella de Archivel; el oficial de guardia de la torre que estaba enloquecido por Estrella, cuyos favores obtenia desde que se inició la rebelion, se llama Luis Segado, quien al querer salvaros os donó sus vestidos ó hizo traicion al rey; el que os dió compañía despues de vuestra fuga hasta llegar á Cartagena, era el negro Selim, que hará como dos años merece vuestra

confianza y ha sabido engañaros con una habilidad diabólica...

—Señor Juan de Tudela,—lo interrumpió el morisco con vehemencia,—acabais de probarme que á los informes que tenéis, y que declaro con lealtad os actos, sin duda, á pesar vuestro, se mezcla la calunnia mas grosera. Selim es tan leal que de ser otro su merced....lo dijera....que miente.

—No podeis ofenderme, señor morisco; encuentro esas palabras en perfectísima armonía con vuestro honrado proceder; pero yo os aseguro por mi honor, que ese Selim que de tal modo defendeis, esa vivora insana que habeis alimentado en vuestro seno, es un ser miserable y origen de los males que os afligen. Sin ese ser malvado, en lugar de la horca que os espera, seriais feliz en brazos de la jóven que hace tiempo adorais.

—Yo no puedo creerlo, no, no es esto posible....—dijo Luis de Narvaez presa de una incertidumbre.

Avanzaron dos hombres que salieron del seno de las sombras.

—Si es necesario un testimonio para que sea creído un tan digno y honrado caballero,—dijo el mas alto de los dos, mi palabra lo es bona.

—Yo tambien testifico á su merced con mi palabra honrada,—añadió el otro hombre que las tinieblas evocaron.

—¡Yesto!, ¡Segado!,—exclamó el jóven árabe sin saber que pensar, en su sorpresa, de tan extraordinaria aparicion.

—Si, Segado y Yesto,—le replicó el Alcalde con bondad,—que están dispuestos á salvaros, no ya de la sentencia que amenazaba vuestra vida, que este peligro ya no existe. merced á la pasion profunda y dolirante de esa infame muger, sino del odio insano que abrigais contra Nicolás Garre, dignísimo y honrado caballero, que en lugar de la saña con que que-

riaís matarlo, merece vuestra estimacion y toda vuestra gratitud.

—No os comprendo á fô mia,—dijo Narvaez confuso y preocupado.—Ha poco,—continuó,—me hablabais de Solim, cuya adhesion me es bien notoria, y le acusabais de traidor: llamais infame á Estrella de Archivol y añadís que me salva; y por fin, me asombrais con la estraña y absurda pretension de que agradezca á Garre servicios que yó ignoro, cuando mi odio profundo hácia ese hidalgo, malvado y licencioso, se funda en una ofensa que hace ante el mundo entero á la moral. ¿Son esas las palabras que he escuchado, ó es que está conturbada mi razon?

—Tales son, en verdad, nuestras palabras,—le replicó Juan de Tudela;—y si quereis llegar á convenceros, seguidnos á los tres: libre sois para hacerlo; vuestro perdon está firmado por S. M.

—Os sigo, caballeros,—le contestó el morisco con el acento de la duda, en que se adivinaba una muy viva excitacion.

Salieron de la cámara los cuatro, bajaron la ospiral de una escalera y llegaron á un antro, en cuyo oscuro fondo habia una negra mosa, junto á la cual se hallaba un escribano examinando unos papeles á la luz vacilante de dos cirios.

La humedad de aquel antro, que se manifestaba en las paredes con manchas verdinegras y viscosas, llevó el frio hasta los huesos de los recién llegados caballeros; pero mas que esto aun, estremacióles poderosamente lo que á sus ojos se manifestaba. Los muros de aquel antro estaban decorados de la manera mas siniestra: aquella oscura pieza era la pavorosa sala del tormento.

—Tomad asiento, caballeros, dijo Juan de Tudela exten-

diendo su diestra á unos sitiales que decoraban el estrado, mientras él se sentaba tras de la mesa susodicha.

A poco tocó un timbre y acudió un carcelero.

—¿Qué manda su merced,?—preguntó éste.

—Traed al morisco Hamet.—ordenóle el Alcalde.

Se estremeció Narvaez al escuchar el nombre que pronunció Juan de Tudela.

Este estaba impasible, como la estatua de la ley.

Penetró el carcelero en el salon, seguido del morisco, que llevaba trincado por los codos.

—Soltad al acusado,—dijo el Alcalde al carcelero.

Obedecido este mandato, volvió á ordenar aquel:

—Ahora, hacedlo sentar.

Acercóle un banquillo el carcelero, y Hamet, que tiraba de terror, casi se desplomó sobre aquel banco.

—¿Cómo te llamas, moro?,—le preguntó el Alcalde.

—Hamet Carraz, señor,—contestó el infeliz con un acento compungido.

—¿Cuál es tu condicion?,—volvióle á preguntar el magistrado.

—Morisco libre soy, al servicio de Estrella de Archivel.

Cesaron algun tiempo las preguntas para dar tiempo al escribano á que escribiera las respuestas.

—¿Y cómo, siendo libre,—le preguntó el Alcalde con severidad,—te has hecho cómplice del crimen?

—Señor,—replicó Hamet temblando de terror,—no he cometido ningun crimen. Sin duda han engañado á su merced.

—Ten entendido, moro,—le dijo el juez con acerado acento,—que el tormento te aguarda; si quieres escapar á él di la verdad desnuda: todo lo sabe el juez que te interroga. Contesta á mis preguntas: ¿Has conocido á Zára del Bedal?

Al escuchar Narvaez el nombre de la jóven, no fué dueño de sí ó inició un movimiento de sorpresa que hizo fijar en él los solícitos ojos de los jóvenes, que se sentaban á su lado.

—Señor, no recuerdo ese nombre,—contestó Hamet con frase vacilante.

—Yo te recordaré quien és,—dijo Juan de Tudela de una manera intencionada.—Acercad una cuña, carcelero....

Pero el morisco interrumpió al Alcalde con ronca voz y acento suplicante.

—¡Por Dios, señor,—lo dijo,—tonga vuestra merced piedad de mí.

—¿Has recordado al fin?—le preguntó el Alcalde.

—Sí, sí, señor; es sin duda esa jóven, la antigua esclava de Segado.

—Sigue pues contestando,—le dijo el juez con un acento mas benigno:—¿Sabes quien robó á Zára á poco de morir tu amo?

—Yo no lo sé, señor,—contestó Hamet de la manera mas resuelta.

—Ponerlo el borcoguí,—gritó el Alcalde.

El carcelero se acercó y cumplió aquella orden con la mas repugnante sangre fria.

Hamet lanzó un suspiro que halló un eco sensible en los hidalgos.

—¿No quieres contestar?—dijo Tudela.

—No conozco al raptor, señor Alcalde,—contestóle el morisco tembloroso.

—Aplicad una cuña, carcelero,—ordenó el magistrado con voz breve.

Cumplió esto aquella orden y esperó atentamente con el martillo preparado.

—¿Quieres hablar?,—le interpeló el Alcalde.

—Señor, tened piedad.

—¿Contestarás?

—No puedo, nada sé,—dijo el morisco con resolución.

—Golpead la cuña, carcelero,—ordenóle Tudela con imperiosa voz y rudo acento.

El estridente golpe del martillo apenas pudo oirse. Un grito agudo, sibilante, que exhaló el pobre moro, hizo vibrar la atmósfera del anchuroso subterráneo.

Hubo un momento de silencio. El pobre Hamet se había desvanecido.

A poco volvió en sí, y sus tristes sollozos herían horriblemente á los hidalgos.

Y este se levantó y se acercó al Alcalde, pronunciando en su oído súplicas de piedad.

Un movimiento de cabeza que proyectó Juan de Tudela, hizo perder un resto de esperanza al desdichado Hamet.

Y prosiguió el Alcalde:

—¿Insistís en negar?

—¡Y cómo habria de hacerlo!,—contestó el pobre anciano.

—Pues bien, contesta á mi pregunta: ¿Quién robó á Zaira del Bedal?

—Mi ama, señor, acompañada de ese hidalgo.

Y señaló al soldado.

—¿Interviniste tú en el rapto?,—le preguntó el Alcalde.

—Mi ama me lo ordenó, y yo que soy muy viejo y no podria ganar la vida sin su proteccion, me ví obligado á obedecer. Yo guiaba la litera.

—Qué vestidos llevaba tu señora cuando cometió el rapto?

—Los de paje, señor.

—¿Y de quien eran los vestidos?

—De una noble señora, que á beneficio de ellos sostenia relaciones con un fraile.

—¿Cómo fué que este hidalgo que aqui vois,—y señaló al soldado,—se quedó en el meson privado de sentido?

—Mi ama lo dió de un vino preparado y se durmió profundamente.

—¿Dónde llevasteis á la esclava?

—A un sitio subterráneo que hay en la casa de mi ama.

—Y qué fué de la esclava?

Hamot no contestó; se recogió un momento y se pintó en su rostro una vacilacion llena de afán.

—¿Qué, no contestas?,—le preguntó el Alcalde con un acento lleno de amenaza.

—La esclava se escapó y regresó á su casa,—le contestó el morisco tembloroso.

—Mientes, Hamot,—le dijo el juez con la mayor severidad;—to juro por mi nombre,—continuó,—que una segunda cuña....

—¡Por piedad, señor juez!,—le interrumpió el anciano.

—Di la verdad y evitarás con ella los tormentos.

—Pues bien, señor, ya que es preciso lo diré. Privada de sentido fué sacada la esclava de la casa y abandonada en medio de la rambla.

—¿Quién privó de sentido á aquella jóven?

—Mi ama, que se veia comprometida, se valió de un narcótico....

—Otra vez mientes, moro,—le gritó el magistrado; y al momento ordenó:—aplicadle otra cuña, carcelero.

—Por Dios, señor Alcalde, yo diré la verdad,—dijo el pobre morisco cayendo de rodillas aterrado.

—Dila pues, desde luego, y evita por tu bien el ocultarla.

—Señor, mi ama,....—añadió balbuciente el pobre moro, —se procuró....un veneno, pero fué desfraudada en su esperanza....

—Continúa, moro,—ordenóle el Alcalde al ver que vacilaba Hamet.

—Después,—siguió diciendo este,—la vieja Ceferina, recogió á Zára y la ocultó en su antro, anciosa de explotar sus gracias, y haciéndola creer que el caballero Garre era el causante de su raptó; pero temiendo un compromiso la administró un narcótico y la llevó de noche á las canteras y abandonóla allí junto á la casa-fuerte de los Garres.

El Alcalde mayor dirigió sus miradas á Narvaez. Este exclamó convulso:

—¡Que tejido de infamias!

Reinó un momento de silencio.

De pronto el magistrado dijo al viejo morisco:

—Basta yá de esos crímenes que estremecen el alma; pasemos á otra época.

Y envolviendo al morisco en sus miradas, continuó:

—Contesta nuevamente á mis preguntas y piensa en el tormento, que he de hacer que te apliquen sin piedad si tratas de disimular. ¿Qué hizo tu ama cuando Luis de Narvaez logró alcanzar la libertad y se embarcó con direccion al Africa?

—Siguió tras de él, y junto á su persona, disfrazado, hizo la guerra al argelino.

Narvaez miró á sus compañeros y cediendo á un arranque de justicia dijo á Juan de Tudela:

—Ese infeliz no dice la verdad: sin duda el miedo del tormento....

—Calmáos, —le contestó el Alcalde; y siguió preguntando al acusado: —Dí, Hamet, ¿bajo qué forma y condicion se presentó tu ama al hombre á quien amaba con delirio, con el amor salvaje de una fiera?

—Con sus carnes tintadas, afectando ser negro y bajo el nombre de Selim.

—¡Miserable!, —exclamó el jóven árabe poniéndose de pié cual si fuera impulsado por la mas descompuestas de las iras.

—Calmáos, vuelvo á deciros, caballero, —le dijo el magistrado bondadosamente.

Tomó asiento Narvaez desfriendo al consejo del Alcalde, mas sin poder calmar la indignacion ni la sed de venganza que sentia.

Y continuó Juan de Tudola:

—Dime, morisco: cuando Luis de Narvaez mandó al falso Selim con una carta para Zára, ¿qué hizo pues, tu señora?

—Llevó la carta y la entregó á la jóven.

—¿Después?, —insistió el magistrado.

—Fingió una carta de la jóven y la entregó á Narvaez.

—¡Señor Alcalde!, —exclamó el jóven árabe con un acento destemplado, —¿no me permitireis que busque á esa mujer y la estrangule? Me sobra la razon.

—So basta la justicia, caballero, —le contestó el Alcalde con firmeza. Y dirigiéndose al anciano, continuó: —¿Qué se proponia Estrella fingiendo aquella carta y denunciando el duelo á la justicia?

—Hacer perder las esperanzas al hombre á quien adora e impulsarle á la fuga.

—Y despues de estar este aprisionado, ¿á qué gestiones se lanzó tu ama?

—Vendió toda su hacienda, marchó luego á la Côte y compró su perdon quedándose arruinada por completo.

—¡Qué pasion tan vehemente!,—exclamó Luis Segado lanzando una mirada al jóven árabe en que se revelaba su despecho.

—Yo aborrezco ese amor y lo rechazo con toda la energia de que mi alma es capaz,—contestóle Narvaez con un acento decidido;—y es tan grande el desprecio que esa mujer satánica me inspira,—continuó con vehemencia,—que declaro ante Dios y ante tres hijos-dalgos que me escuchan, que por no aceptar nada de esa fiera, rechazo hasta el indulto que para mí ha alcanzado de la Côte. Señor Juan de Tudela,—siguió con sin igual excitacion,—llevadme á la capilla, conducidme á la horca, que, por quien soy, detesto una existencia comprada en mi favor por esa infame.

—Calmáos, jóven, calmáos,—dijo Juan de Tudela con un acento cariñoso. Y despues, ordenó:—Llevad á ese morisco al calabozo.

Sobrehumanos esfuerzos tuvo que hacer el carcelero para llevar á Hamot. Este no podia andar por tener una pierna magullada y tuvo que llevarlo entre sus brazos, mientras que el infeliz oxhalaba agudísimos gemidos.

—Ya veis, seor de Narvaez,—decia Bartolomé de Yeste mientras Juan de Tudela dirigia la palabra al escribano;—ya veis, amigo mio,—repetia,—y cuan errado estabais culpando al buen hidalgo Nicolás y pensando tan mal de la aflijida Zára, que há mucho tiempo os ama verdaderamente.

—Callad, por belcebú,—le contestó Narvaez echando fuego por los ojos;—no continueis, pardiez, señor Bartolomé de Yeste, que se enciende mi sangre y me atosiga. ¿Pretendeis

por ventura, que conceda mi amor, mi estimacion, á una mujer perdida, y que entable amistad con un hidalgo que de tal modo se deshonra? Parécomo, señor de Yeste, que tratáis de insultarme, ¡vive Dios!

Y no pudiendo contenerse, obediente al instinto, llevó airado su diestra al sitio en que pensó encontrar su espada.

—¿Qué decís y que hacéis?, —le preguntó Juan de Tudela; —sois bien incorregible, caballero.

—¿Y qué queréis que haga, —preguntóle Narvaez, —vos que sois español, noble y honrado?

—Seguidme caballero, —dijo Juan de Tudela; —no tardaréis en convenceros de dos sendas verdades que negáis: que Doña Zara es pura como un ángel, y que Nicolás Garre es un cristiano y noble caballero. Luego que lo sepáis, cuando estéis convencido, no podré perdonaros, vive Dios, si no los otorgáis la estimacion y amor que los debeis.

—Tal se merecen por mi honor, —dijo el Alférez de los tercios.

—Y yo lo afirmo por mi vida, —añadió el mosquetero.

—¿Y desde cuando, hidalgos, tienen lugar aquí tales milagros?, —preguntó el jóven árabe manifestando singular asombro. —Os juro por mi ánima, por la memoria de mi padre, y por el santo amor que tuvo un día á la muger que os empeñáis en presentar como un dechado de virtudes, que si esto se me prueba de una manera concluyente; esto es, que Zára del Bedal es una jóven pudorosa, una doncella honrada cual lo fué en otro tiempo, aceptaré el perdón, serviré al rey con sin igual lealtad y no habrá en esta tierra otro cristiano que adore como yo el santo sacrificio de la Cruz.

—¡A Dios sean dadas gracias!, —exclamó el magistrado descubriéndose; y sacando un reloj de su ropilla, miró á su muestra y continuó diciendo:

Seguidme, caballeros, y llegaremos oportunamente al lugar de la cita.

En el capítulo siguiente continuaremos los sucesos.

CAPITULO XXX.

De como se dió el estupendo caso de hacer entrar á un reverendo franciscano en una ratonera, merced al cebo de una bella dama.

Salieron del Castillo los hidalgos acompañados del curial, calándose el chambergo y subiendo el embozo hasta los ojos; bajaron por la calle Nueva, que como nueva y principal, ora la preferida para bajar la cuesta del Castillo; siguieron la de Jara; tomaron á su diestra el Carreron, calle de Campos al presente, dejando á la siniestra mano el Campo de Santa Maria; atravesaron el convento de N. Padre San Francisco, por el estrecho pasadizo que en nuestra infancia conocimos, y entrando en el Adarvo, cerca del Caballero, cuyas altas almenas amenazaban la ruina, detuvieron su marcha silenciosa junto á la estrecha puerta de una tápia.

Bartolomé de Yeste sacó una llave del gregüesco con que abrió aquella puerta, por la cual penetraron todos cinco cruzando como sombras á través de las calles de un jardín.

A poco, los hidalgos, pisaban los marmóreos escalones de un ancho peristilo, y penetraron todos en la casa evitando el sonido de sus pasos.

La delicada mano de una dama estrechó entre las sombras la poderosa diestra del soldado. Tras de este fueron todos, hasta tomar asiento en sendos y mullidos taburetes tras los anchos cristales de unas puertas cubiertas con tupidas cortinillas.

Al otro lado de estas puertas habia un precioso camarín, y en un sitial lujoso, forrado de damasco y tachonado con luciente plata, se sentó muellemente y en actitud voluptuosa, la hermosa y arrogante Doña Inés.

El jóven árabe Narvaez se encontraba aturdido: no sabia darse cuenta de los sucesos que ocurrían.

Pasó un breve momento y dos ligeros golpecitos sonaron en un paño del tapiz del camarín de Doña Inés.

—Pasad, —articuló la dama con un acento candencioso, no sin mirar primero ruborosa á las puertas-cristales, tras de cuyas cortinas se encontraban sentados los hidalgos.

—Un hidalgo buen mozo abrió la artesonada puercecilla, quedaba á una escalera reservada, y entró en el camarín de Doña Inés. Despues de saludar galantemente quitándose el chambergo, se inclinó hácia la dama y cogiendo su mano fijó en ella sus labios con ternura.

—Paréceme, buen padre, —le dijo Doña Inés, retirando su mano con viveza, —que habeis interpretado mal mi cita.

—No acierto á comprenderos, mi encantadora Doña Inés, —le dijo el caballero (que no era otro que el fraile francisca-

no), con un acento un tanto vacilante. —Yo siempre os he adorado, —continuó, —y me permito sospechar que os indujo á esta cita la sin igual ternura con que me haciais feliz en otro tiempo.

—Errado está el buen padre, —le contestó la dama con una desdeñosa sequedad.

—Podré estarlo, señora, si tal es vuestro empeño, —contestó contrariado el franciscano, —pero oscura tendré si me equivoco.

—¿Y cual es esa oscura?, —le preguntó la dama.

—Primeramente, —replicó el fraile, —la veleidumbre de Yesto, que si grande es de cuerpo pequeño es en constancia y consecuencia; y en segundo lugar, vuestra llamada: me habeis dado una cita misteriosa, y como dice aquel refrán, que en donde fuego hubo cenizas restan cuando menos, no he vacilado pues, en suponer....

—Ese supuesto es pretencioso, —le contestó la dama displicente. —Lo que hay, señor mío, es, que al fin sonó la hora del arrepentimiento en el reloj de mi conciencia, y os he llamado á vos, mi confesor, para que me auxiliéis dirigiendo mis pasos por el recto camino que nunca hemos debido abandonar.

—Me asombrais, Doña Inés, —exclamó el fraile confundido y sin saber á que atenerse.

—Nadie menos que vos debe asombrarse del arrepentimiento que os anuncio; en vuestra larga vida de confesionario se os habrán presentado muchos casos, y es muy raro en verdad, que tanto os asombreis de mi conducta.

—En efecto, señora, no diria la verdad si lo negara; mas lo que no me esplico es, que recurráis á mí.

—¿Os ariais pretender que acudiera á un extraño en quien depositar los sacrilegios que á vos y á mí nos son comunes?

—Teneis razon,—dijo fray Juan bajando la cabeza harto confuso.

—Vos y yo, juntos,—continuó la dama,—podremos concurrir á deshacer los malos que en nuestra liviandad y en nuestro olvido de nosotros mismos, hemos causado á seres inocentes.

—¿Qué pretendeis, señora?—interrogóla el padre franciscano demostrando una alarma extraordinaria.

—Ya lo habeis escuchado, padre mio; intento una repacion,—lo contestó la dama con firmeza.—Sabeis que Garre es inocente, que su pobre mujer se volvió loca, y que sus bellos é inocentes hijos llevan un apellido deshonorado; sabeis tambion (y habeis callado como yó por temor al descrédito de vuestra santidad y de mi honra), que la morisca Estrella fuó la que robó á Zára, y que aunque Garre y ésta en el concepto de las gontos viven en el pecado....

—Callad por Dios, señora Doña Inés,—la interrumpió fray Juan pálido y tembloroso;—sabeis que ese secreto pertenece al augusto misterio del confesonario, el cual vos sorprendisteis de una manera casual. ¿Qué es lo que pretendeis? Mi honor de sacerdote, vuestra reputacion de dama honrada, podrian sacrificarse á la justicia si el arrepentimiento nos lo ordena: no me encuentro muy lejos de suscribir á tan terrible desventura; pero el secreto de la confesion.... éste, señora Doña Ines, solo á Dios pertenece. ¿No creéis lo mismo, amiga mía?

Y el fraile, al decir esto, se encontraba aterrado y presa de una angustia extraordinaria.

—No pensais bien, señor y padre mio,—le contestó la dama con crueldad.—En hora buena que un buen hijo, como lo es Nicolás, para honrar á su padre que le encargó á su muerte aquel secreto, lo guarde con empeño y sacrifique su

reputacion y la felicidad de su familia; pero un buen sacerdote, un ministro de Dios, un caballero honrado, un Perez de Iriarte, cuando vé á un inocente calumniado, á una doncella escarnocida, á una ilustre familia deshonrada, y con una palabra de sus labios puede desvanecer la nube tormentosa, la fatídica voz, el aliento letal de la calumnia, no debe vacilar ni un solo instante; debe abrir esos labios y pronunciar esa palabra.

—Señora, por piedad; me estais matando con vuestra exaltacion; volved en vos.

Excusamos decir que el jóven árabe se hallaba estupefacto al osecuchar el anterior diálago, el cual hacia entrever á su imaginacion calenturienta, horizontes extraños preñados de tormentas, y tras de ellas un cielo trasparente cual un mágico espejo en que se reflejaba la ventura.

—¿Decís que os martirizo con mis palabras exaltadas? —dijo al fraile la dama con frase intencionada é incisiva:— y vos, ¿qué hacéis, buen padre, con el silencio que guardais? Contestad, pues, fray Juan.

—¿No sabeis, desdichada,—replicó el franciscano con terror,—que al descubrir al mundo ese secreto perderiais vuestra honra y os miraria la sociedad con bese y singular desprecio?

—¿Y qué puede importarme ese desprecio si me perdona Dios?

—Dirán,—insistió con empeño el franciscano,—no tan solo que fuisteis una adúltera, sino que habeis amado á un sacerdote con un amor sacrilego.

Bajó su frente Doña Inés y meditó un momento, revelando el espanto en sus miradas.

Un ligerísimo ruido, perceptible tan solo á Doña Inés, que hizo Bartolomé de Yeste en los cristales, sacó á aquella

señora de su profunda postracion, é irgiendo la cabeza con denuedo dijo con voz vibrante:

—Yo no temo al desprecio de los hombres, solo me hace temblar la ira de Dios. Escuchad lo que os digo con la resolucion de un alma arrepentida y que obedece ciega á la conciencia, y obrad como gustéis....

—¡Por Dios, señora Doña Inés!,—interrumpióla el fraile tembloroso.

—Voy á decir al mundo cuanto sabemos vos y yo; esto es, que Nicolás Garro de Cáceres y Doña Zára del Bedal....

—¡Doña Inés...!

—Dobon el ser á un mismo padre y que vos lo sabeis...

—¡Callad, que me perdeis; quizá nos oiga algun criado...!

Y fray Nepomuceno, enloquecido de terror, quiso tapar la boca á Doña Inés.

Esta, roja de ira, rechazó al franciscano bruscamente.

—¡Mal caballero, indigno sacerdote!,—le increpó duramente.

Se abrió la puerta de cristales y aparecieron los hidalgos.

El fraile se quedó aterrado.

—Dad testimonio de lo oído,—dijo Juan de Tudela al escribano, el cual tomó un sitial, se sentó ante el bufete de la dama y sacando un papel de su ropilla empezó á redactar el testimonio.

Cayó al suelo de hinojos el aterrado franciscano.

—¡Señor alcalde, por piedad!,—exclamo con palabra entrecortada.

—Alzad, fray Juan, del suelo,—le dijo el juez severamente,—y postráos ante Dios, único Ser que puede perdonaros: á la justicia humana le cumple hacer constar lo que ha escuchado aquí, lo que basta á salvar á la inocencia, injustamen-

te persoguida, merced á vuestro criminal silencio: podeis fiar sin embargo, en nuestra discrecion, si intentais redimiros con una vida ejemplarísima.

—Os juro por Dios vivo,—exclamó el franciscano,—que haré reedificar la santa hermita que hay en la Muela del Porthús, y que allí acabaré mis tristes dias con una vida austera y penitente.

—Señores míos,—exclamó el mosquetero bravamente avanzado á la dama y lanzando dos rayos de sus ojos;—Doña Inés de Tallante me ha ofrecido su mano. Si su amor es mi amor, su honra es mi honra; no digo mas, señores.

Todos los concurrentes, menos el franciscano que se hallaba abatido en un rincón, estrecharon la mano del soldado.

—Doña Inés se turbó y apareció toñido de rubor su bellísimo rostro.

—Yo os ruego, señor mio,—le contestó el Alcalde con bondad,—que aplacéis vuestra boda para el feliz instante en que el noble Narvaez se enlace á mi señora Doña Zára: yo os apadrinaré, señor Bartolomé de Yeste, si tal es vuestra buena voluntad.

El dichoso Narvaez estrechó entre sus brazos al Alcalde, y todos le felicitaron por la próxima dicha que en aquellos momentos se iniciaba.

Entre tanto, el notario, habia extendido el testimonio, que firmó antes que nadie el desdichado franciscano.

—Podeis marchar cuando gustéis,—le dijo el magistrado socamente,—y recordad,—siguió,—que de vuestra conducta sucesiva depondo nuestra discrecion. No os digo mas, fray Juan.

Esto dejó la pieza presuroso, saliendo por la estrecha puertecilla, y en su gran confusion, ni acertó á despedirse de aquella honrada compañía.

Despues de un corto refrigerio compuesto de empanadas, conservas, pastaflora y un viejo y exquisito malvasía, que sirvió Doña Inés de la manera mas graciosa, sobre blanquísimos mantoles de selecta labor alemanesca, salieron de la casa los hidalgos y se marcharon á las suyas.

Durante su camino, murmuraba Narvaez:

—¡Bendito Nazarenol, ¡Santísimo Jesus del alma mia!; con este tu milagro me has revelado tu Justicia eterna. ¡Has vencido á Mahoma, buen Jesus!; mi corazon, mi alma, todo es tuyo.

Y llegó á la posada, y se acostó en su lecho, y su desvelo fué tenáz; pero el insomnio que sintió el morisco fué el colmo de la dicha para él. Soñó despierto y fué feliz.

CAPITULO XXXI.

De como la ciencia, á principios del siglo XVII, tenia recursos suficientes para combatir la enagenacion mental, y de como muchas veces la Providencia es un agente superior á la sabiduria del hombre.

Dos dias despues de los sucesos relatados en el capitulo anterior y á cosa de las diez de la mañana, una hermosa carroza blasonada con las ilustres armas de los Garres, salia de Cartagena por la puerta de Murcia tirada por dos mulas gigantescas.

Dentro de aquel vehiculo iba la bella Zúra, interesante por demás con su ligera palidéz, en compañía de Andrés Perona, médico de la casa de su hermano.

Detrás de la carroza cabalgaban en sendos alazanes el elegante alférez Luis Segado, el capitán Don Juan Ruiz, el mosquetero Yesto y el jóven árabe Narvaez.

A poco, otra carroza cruzaba el puentecillo de la rambla. Iba escoltado este vehículo por los apuestos caballeros Garro de Cáceres y su elegante primo Don Luis, y en su interior se arrellenaban en sendos y mullidos almohadones, el Alcalde mayor Juan de Tudela y el escribano Cosme Sol-dovila.

Ambas carrozas se dirigian á las Canteras, en cuya casa-fuerte y señorial residia con sus hijos Doña Juana, la infortunada esposa de Nicolás Garro de Cáceres.

A poco de cruzar la rambla por el escoté de Quitapellejos, nombre que ya llevaba como ahora el barrio de la Concepcion, siguieron las carrozas su camino por la falda del monte de Sicilia, continuando despues su rápida carrera á través de las lomas que atraviesa el camino de Canteras.

Mientras la precitada comitiva arriba á su destino, anticipémosnos á ella.

Doña Juana Giner vagaba silenciosamente por una de las calles del jardin.

Un venerable anciano, antiguo mayordomo de la casa, seguía los pasos de la dama, y su mirada inquieta y anhelante se dirigia al camino con frecuencia.

De pronto se paró el anciano: una nube de polvo se levantaba densa y blanquecina por la parte que daba á la ciudad, como á una media legua de distancia. Ya no le quedó duda; era la comitiva que esperaba.

Entonces el anciano se acercó á Doña Juana, que contemplaba á un lirio con afán, y la dijo:

—Señora, ¿queréis entrar en casa á decoraros? El licenciado Andrés Perona, en compañía de mi señor y de otros caballeros sus amigos, estan para llegar.

—¿Y por qué vienen?, —preguntó la loca.

—¿No lo recuerda la señora? Hace poco os lo dije.

Informado el señor de la indisposición de Doña Elvira, ha querido que el médico la vea.

—¿Y para qué eso afán?, —lo replicó la dama indiferente. —Nada tiene mi hija.

—Permitidme, señora, —le contestó el anciano; —la niña Doña Elvira está muy grave.

—Déjame, buen anciano; iré después á verla, —dijo la pobre loca mirando al lirio codiciosamente.

El mayordomo se fijó un momento en lo que su señora hacía. Después se retiró y se ocultó en un sitio muy cercano desde el cual podía verla y escucharla.

Después que se ocultó el anciano la pobre loca se postró de hinojos, y juntando sus manos arrobada murmuraba palabras ininteligibles. Poco después se irguió, corrió veloz á un tiesto de azucenas, y cortando del tallo una entrecabierta, que allí se columpiaba, la deshizo furiosa entre sus manos y con aire de trunfo volvió á acercarse al lirio imprimiendo sus labios en su cáliz.

—¡Yo sola, —murmuró, —yo sola!

Entonces el anciano salió de la enramada en que momentos antes se ocultára, y acercándose al tiesto hizo demostraciones de cogerlo.

—¿Qué vas á hacer?, —gritó la pobre loca arrebatada y próxima á lanzarse sobre el fiel y paciente mayordomo.

—Callad, señora mía, —le dijo aquél con un acento que-rido y misterioso; y acercando sus labios al oído de la pobre señora, murmuró: —Voy á llevarlo al camarín para que su perfume embalsame el ambiente que se respira allí. ¿No veis, —siguió diciendo, —que en tanto permanezca en el jardín esa menguada planta de azucenas, que diariamente despojais sin lograr que sucumba para siempre, osará revivir é inducirá á ese lirio á que la ame?

—Si, si, buen mayordomo, es sabio tu consejo. —Y viendo que el anciano cogia el tiesto, le empujó con violencia y cogió á esto la vez diciendo con acento apasionado:—Déjalo, déjalo; yo llevaré ese tiesto. ¡Oh lirio de mi vida!,...ven á mis brazos, ven!

Y aquella pobre loca, enamorada de la flor, en la cual su razon extraviada encarnaba al amor de sus amores, cogió al tiesto gozosa corriendo hácia la casa hasta llegar al camarín, y postrada de hinojos ante él, murmuraba palabras delirantes.

Siguió tras de la loca el mayordomo y se entró en la recámara, en donde se encontraba Doña Elvira acostada en el lecho de su madre.

—¿Por fin?, —le preguntó la niña con un acento quedo y misterioso.

—Ya llegan, Doña Elvira, —le dijo el buen anciano enjugándose el llanto, que corria por su rostro enflaquecido.

—Te confieso, Juan Lopez, —le replicó la niña, — que el estar relegada en este lecho hallándome tan buena, y sobre todo, tan contenta por saber que mi padre es inocente, es un gran sacrificio, que si hago como ves, no obstante mi impaciencia por besar á mi tia, es solo por mi buena madre. ¡Qué dichosa sería si ésta recuperara la razon!

—Esperemos en Dios, —contestó el buen anciano enternecido.

Un gran ruido de coches resonó en el zaguan.

A los pocos momentos la noble comitiva pisaba el camarín de Doña Juana.

—¡Esposa de mi alma!, —exclamó Nicolás acercándose á aquella con cariño.

—Apartad, caballero, —le contestó la loca rechazando á su esposo rúdamente. —Mi esposo ya no existe, —continuó, —su espíritu está aquí, en el grato perfume de esa flor.

Y la infeliz mostraba sonriente á cuantos penetraron en la cámara, aquella flor hermosa y perfumada.

Dos lágrimas amargas rodaron por el rostro del hidalgo.

--Hay esperanza, Nicolás,—lo dijo Andrés Perona para robustecer su ánimo.

Esto entró en la recámara, en la que se encontraba Doña Elvira acostada en el lecho.

Tras del buen liconciado entraron Zára y Nicolás.

Pasó un breve momento y tras de él se exhalaban tres expresivos gritos de alegría.

—¡Padre!, ¡querida tía!

—¡Hija querida!

—¡Sobrina de mi alma!

Tales exclamaciones, que enternecieron á los concurrentes, articularon los tres gritos.

Después reinó el silencio, levemente turbado por el murmullo de tres voces.

Prestó la loca oídos á aquella escena extraordinaria, pero permaneció insensible ó indiferente.

De pronto un grito agudo y mas que agudo ansioso y delirante que lanzó Nicolás, puso en espectación á Doña Juana.

—¡Mi hija se muere!, —gritaba Nicolás;—favor, favor....

Todos los concurrentes, afectando una alarma extraordinaria, corrieron presurosos á donde estaba Doña Elvira.

Los gritos de aquel padre se hicieron contagiosos; todos gritaban á porfía, lloraban todos angustiosamente.

La servidumbre, que se hallaba enterada del completo, corría de un lado para otro lanzando gritos dolorosos.

La loca estaba absorta, sin acertar á comprender lo que pasaba cerca de ella.

Pasó algun tiempo y continuaban los lamentos, sin que

la pobre loca diera la menor muestra de un sentimiento salvador.

Hízola penetrar en la recámara el licenciado Andrés Perona. Allí vió un espectáculo terrible, que no llegó, no obstante, á impresionarla.

La encantadora Doña Elvira había apurado el arte para fingir que estaba moribunda. La artificiosa palidéz que le cubria el semblante densamente; los círculos morados que rodeaban sus ojos, que aparecían extraviados por un dolor agudo é irresistible; nada, nada bastó para mover el alma de la loca y desportar su entonces embotada sensibilidad.

Llegó á su colmo el desaliento, y las fingidas lágrimas se tornaron en llanto verdadero.

—¡Pobre muger!

—¡Desdichada familia!

Tales exclamaciones se cruzaban por fin, entre los afectados concurrentes á una escena tan triste como aquella.

Razon tenían que les sobraba.

¿Para qué les servía el testimonio de la honra, reivindicada á la sazón, si restaba en el alma de aquellos seres desdichados la espina del dolor, al ver á la infeliz enagenada sin tener esperanza de que recuperara la razón?

Luis de Narvaez, alma honrada y ardiente, en alas de su ira pensó en marchar á Cartagena y esterminar con mano justiciera á la infame morisca, que con su amor de fiera causara tan horrible desventura. Solo la bella Zára, con su mirada dulce y expresiva, pudo calmarle un tanto é impedir su partida á la ciudad.

Nicolás y su hija lloraban con amargo desconsuelo, y la sensible Zára, no obstante su experiencia en el dolor, ante aquella terrible desventura estuvo amenazada de un desmayo. Los brazos de su hermano fueron el firme sustentáculo que la impidió caer desvanecida.

Entonces el moriseo sintiendo el arrobato de la fiebre, fué á buscar su caballo para volar á la ciudad, tras de llevar á cabo aquel proyecto que sugirió á su alma enloquecida su salvaje justicia, cuando una exclamacion de Andrés Perona contruvo sus conatos.

Veamos que sucedió:

La pobre loca fijó su vista en Zára y Nicolás, mientras que aquella, con su blondo cabollo, su pálido semblante y su pecho agitado y pudoroso, confundia su dolor contra el ansioso pecho del hidalgo.

En su fisonomía se retrató la ira refluyendo la sangre á sus mejillas, repercutiendo al corazon en horrible tumulto y volviendo á subir arrebatada con una rapidéz vortiginosa. Se dilataron sus narices como las de la fiera que en su sensualidad aspira con delicia el olor de la sangre de su victima, y extendiendo su mano hácia Tudela quiso arrancar su daga para arrojarse sobre Zára y exterminarla sin piedad; y como no pudiese conseguirlo, exclamó arrebatada y con acento furibundo:

—¡Adúlteros, infames!...

Y al pronunciar estas palabras, el sabio Andres Perona sorprendió la razon en sus miradas que irradiaban siniestros resplandores, pues aquel iracundo sentimiento de arrebatados y terribles colos, le revoló el juicio que habia brotado en ráudo torbellino en aquel intelecto conturbado.

Y en su afán por salvarla, se empeñó el licenciado en prolongar aquella situacion violenta, hasta que fatigadas rudamente las delicadas fibras de la dama, sucumbieron al fin y cayó la infeliz privada por completo de sentido.

—¡Hay esperanza!, —exclamó Andrés Perona con afán.— Salid todos, salid, —replicó el licenciado llevando á Doña Juana á la recámara hasta ccharla en el lecho abandonado

por su hija. —Que solo quede Doña Elvira, —continuó, —salid en el momento todos.

Pasó un cuarto de hora.

La dama abrió los ojos y llevando sus manos á la frente la oprimió con afán. Al cabo de un instante miró á su derredor, y fijando los ojos en su hija la estrechó entre sus brazos: un benéfico llanto confirmó á Andrés Perona en su sospecha de que la ilustre dama habia recuperado la razon.

—¡Qué sueño tan horrible!, —decia la infortunada entre sollozos. —¿Es verdad que he soñado?; ¿no estabas moribunda?

—No, madre mia, —le contestó la niña cubriéndola de besos delirantes. —¡Soy tan feliz al abrazaros; y despues, al saber que mi padre....!

—Calla, calla por Dios, no me hables de él.

—Por el contrario, madre mia: tanto tiempo he dudado de su honor, que ahora que se proclama su inocencia tengo el deber sagrado de darle mis excusas, madre mia. Han debido ofenderle mis sospechas, y si me permitís le rogaré que venga y me perdone en la presencia vuestra, mi buena y adorada madre. ¿Es verdad que lo consentireis?

—¿Pero que es lo que dices, desdichada? ¿Quieres volverme loca?

—¡Libreme Dios, querida madre mia!

—Escuchadme, señora, —le dijo Andrés Perona. —Esa jóven hermosa que visteis en sus brazos, es...

—Una esclava malvada y libertina, —le replicó la loca, —una inmunda ramora.... ¡Ah!, perdoneme Dios! Retiráos Doña Elvira....

—No por Dios, madre mia: escuchad á Perona.

—Señora, esa doncella, dechado de belleza y de virtudes, —añadió el licenciado con firmeza, —es....hermana de Garre....

—¿Qué decis?, —lo preguntó la dama con asombro.

—Hija de Garro el viejo, —continuó Andrés Perona, —que la hubo de una esclava y que encargó á su hijo en los momentos de su muerte, que guardara el secreto de su origen.

—Si, madre mía, —la dijo Doña Elvira, —es un ángel mi tía, tan buena como hermosa.

Meditó un breve instante Doña Juana.

Después dijo á su hijo:

—Salid, niña, salid; dejadme sola con Perona.

Doña Elvira salió.

Entonces, Doña Juana, dijo al buen licenciado asomando á sus ojos la sonrisa, pero sonrisa amarga y llena de desconfianza.

—Escuchadme Perona: Ayer, al celebrar la misa en sufragio del alma de Segado, á quien mató mi esposo, yo estaba en la capilla de los Garros y escuché á esa... muger estas palabras, que nunca olvidaré: «¡Señor, perdonad al culpable; verdad es que ha turbado mi ventura matando mi inocencia; que ha destrozado mi reputacion dando lugar á la calumnia; que ha encondido el sonrojo en mis mejillas, obligando á mi frente á esquivar las miradas de los hombres; que me ha hecho horriblemente desgraciada;... sin embargo... me arrepiento, Señor, por haberlo acusado de mi rupto; solo el delirio de que me hallaba poseida, pudo hacerme acusarlo. Señor, yo lo perdono, y... perdóname á mí, porque á pesar de todos mis conatos, del firme empeño de mi voluntad, en vez de despreciarlo, antes de aborrecerlo,... adoro al caballero con locura!—Ya veis, señor Andrés Perona, —continuó Doña Juana;—si fuera Nicolás su hermano, ¿á qué habia de robarla?; si fuera así, como afirmáis, ¿á qué invocar á Dios esa... muger pidiéndolo perdon por el amor

que siento por mi esposo? Despues, hace un momento, ante mis propios ojos, bajo el honrado techo de los Garres, ante una numerosa concurrencia, á presencia de todos mis criados, y lo que es mas inmundo y repugnante, delante de mi hija, Nicolás ha abrazado estrechamente, con sin igual cinismo, á esa procáz ramera, á esa desvergonzada libertina: ¿y pretendéis que crea en la inocencia de mi esposo? A no dudar, señor Andrés Perona, habeis perdido la razon.

—Yo os juro, prima mia,—le dijo Don Luis que entró en aquel momento en la recámara,—que lo que os dice Andrés Perona es una gran verdad.

—Y yó, señora Doña Juana,—dijo Juan de Tudela que seguía á Don Luis,—os juro por mi honor y puedo acreditaros, que son hermanos Zára y Nicolás, y que su amor es puro y fraternal; el amor de dos ángeles del cielo.

Los ojos de la dama dejaron escapar vivos reflejos, pues habia penetrado la esperanza en su agitado y triste corazon. Restaba solo alimentar su espíritu, y á esto acudió solícito el Alcalde.

Al efecto, pasaron al estrado, y despues de sentarse Doña Juana junto á su tierno esposo, el Alcalde mayor, el licenciado Andrés Perona, Bartolomé de Yeste, Don Luis García de Cáceres, Luis de Narvaez y Zára del Bedal, que sostenia amorosa á Doña Elvira sentada en sus rodillas, empezó el escribano la lectura de las declaraciones del morisco, tomadas en la sala del tormento, y despues las del fraile franciscano, de que tienen noticia los lectores.

Durante esta lectura la ilustre Doña Juana demostraba el asombro en sus miradas; y el cambio de color de sus mejillas y el silencioso llanto que vertia, daban muestra elocuente de sus grandes esfuerzos para esperar el fin de la lectura, sin vo-

lar á los brazos de su esposo y de su bella y ofendida hermana.

Cósme de Soldovila apuró hasta las hecos la febril impaciencia de la dama; pero cuando con voz sonora, reposada y henchida de emoción, daba fin al diálogo de fray Nepomuceno y Doña Inés, no pudo sufrir más la pobre dama: alzóse de su asiento, y en un abrazo estrecho y amoroso ciñó á la vez á Zárra y Nicolás, vertiendo con un beso delirante el amor infinito que sentía hácia aquellas criaturas, que bien á su pesar habían acibarado su existencia.

Nada nos resta que decir de aquella escena interesante; lo suplirá el lector.

CAPITULO XXXII.

Que trata del saráo que dió Don Nicolás Garre de Cáceres, y de la prodigiosa manera con que se trocó en consideracion y respeto la animadversion de que éra víctima aquel.

Han trascurrido algunos dias y nadie sabe en Cartagena lo que tuvo lugar en las Canteras, sobre cuyo secreto se exigió juramento por el señor Juan de Tudela, á cuantos concurrieron á aquel acto.

El Alcalde mayor pasó á la capital del reino, y ante el señor obispo Don Francisco Martinez de Cisneros y el ilustrísimo señor corregidor de Murcia, Cartagena y Lorca, su superior gerárquico, levantó testimonio é hizo formalizar los ilustres y nuevos apellidos, de la ex-esclava Zára del Bedal.

El 16 de Enero del año 1610, en cuyo dia celebraba la antigua Iglesia episcopal de Cartagena una funcion solemne á

su patrono San Fulgencio, desde por la mañana muy temprano se notaba gran tráfico y un movimiento inusitado en la casa-solar del noble y poderoso mayorazgo, regidor *ad-perpetuam* y bravo capitán de caballeros, Don Nicolás Garro de Cáceres.

Se decía y murmuraba por los buenos vecinos del barrio de los Pescadores, el cual se aglomeraba tras de la noble casa del hidalgo, que el linajudo caballero fué honrado por el rey con la merced del hábito de Santiago, y que se preparaba un gran convite para honrar tal merced, que dejaría memoria en Cartagena.

Y en efecto, así fué.

Poco antes de las doce y desde el Santo templo Catedral, después de terminada la función bajaron á la casa, decorada con gusto y con riqueza, el Alcalde mayor, los regidores, los caballeros de las órdenes y multitud de hidalgos y personas notables del estado llano, que habían sido invitados al banquete.

El nuevo cuanto noble santiagués, rodeado de sus deudos, recibió en la escalera de su casa á la lucida comitiva y principió el banquete; pero ésto fué ceremonioso y frío.

No obstante sus riquezas y la insigne nobleza de su cuna, Don Nicolás estaba muy mal visto; y si sus nobles convidados lo acordaban la hora de su concurrencia, no así su confianza ni la antigua amistad que allá en su juventud le concedieran. Al frente del partido numeroso que le miraba con frialdad y aun con antagonismo, estaba su enñado Juan Giner, quien por su enemistad y su tenáz porfía en negarle el saludo, no estaba en el secreto de los sucesos de Canteras.

Concluida la comida se levantó Don Nicolás, y con acento reposado y frío y un tanto saturado de ironía, dijo á sus convidados:

—Señores míos: os pido la merced de vuestra muy honrosa concurrencia en esta vuestra humilde casa, en la noche de hoy; y me hariais muy dichoso si consigo tragerais á vuestras bellas hijas y nobilísimas esposas. Quiero dar un sarao....

Un confuso murmullo interrumpió al anfitrión, y ciertas frases ofensivas llegaron á su oído; pero se reprimió el hidalgo merced á un grande esfuerzo de su voluntad, y continuó diciendo:

—Mi esposa estará aquí para hacer los honores á las damas.

—¡Pobre, infeliz hermana!, —exclamó Juan Ginér á quien le fué imposible reportarse, y poniéndose en pié salió del comedor y abandonó la casa bruscamente.

Por fin se despidieron los hidalgos, y se quedaron solamente Don Nicolás con sus amigos y sus deudos, entre los que se hallaban Don Luis García de Cáceres, el médico Perona, Don Juan Ruiz de Alarcon, el Alcalde mayor, Bartolomé de Yeste y Luis Segado.

—Me he quedado con ganas, vive Dios, de dar una ostocada á Juan Ginér, —exclamó Luis Segado.

—Y yo, voto á dos mil diablos, —añadió el mosquetero echando fuego por los ojos, —á no encontrarme aquí, bajo el techo de un noble caballero que respeto y estimo, por Dios que le cruzára el rostro, y...no quiero pensarlo porque me voy á atosigar y á reventar lo mismo que una bomba.

—Calma, calma, señores, —dijo Don Nicolás dueño de sí; —razon tienen sobrada en despreciarme. —Y despues añadió: —cuando luzca la luz de la verdad, yo sabría defenderme si, mal aconsejados, me atacáran.

A media tarde, una hermosa carroza á la que daba escolta un caballero, paró en la puerta de Don Nicolás.

Descabalgó el hidalgo, se aproximó al vehículo y ayudó á descender á dos señoras que penetraron en la casa. Una preciosa niña subió las escaleras, cogida por la mano de la mayor de aquellas dos señoras.

Éran aquellas damas: Doña Juana Ginér y Doña Zára; la niña, Doña Élvira, y el caballero, el jóven árabe Narvaez.

En el antiguo Templo Catedral sonó el toque de ánimas, á cuyo anuncio imperativo los campanarios todos de la población, que pasaban de veinte, hicieron general aquel sonido, al cual nuestros católicos abuelos consagraban un rezo preferente.

A poco, cruzaban las estrechas calles varias sillas de mano blasonadas, precedidas de pajes con antorchas, y escoltadas por nobles caballeros. Había llovido por la tarde, y las nobles señoras que iban en las literas al saráo del muy ilustre santiagués, no querían condenar á sus chapines, tan breves cuanto bellos, á ser manchados por el sucio lodo que las abarrancadas calles contenían.

Aquella tarde, en la calle Mayor, en donde se reunían los caballeros en mentidero universal á comentar cuantas noticias circulaban; y las ilustres damas, al entrar y al salir de San Francisco en donde se rezaba la Corona, hablóse largamente del famosísimo saráo que iba á dar una loca desahuciada y un caballero impúdico ó insolente.

La sátira, el donaire y la acerba censura, tomaron por su cuenta aquel negocio, y era dudoso, dudosísimo, que concurrieran dueñas y doucellas.

En cuanto á los hidalgos, todos se dieron cita aquella noche para el noble solar del caballero, cuyos regios estrados, estancias y retretes, se hallaban adornados con la riqueza y elegancia propia de la familia de los Garres.

Mas se acercó el momento, y como por cuanto se su-

vizaron muchas asperezas: Hizo cosquillas la curiosidad, duende osado y tenáz que en todas ocasiones ha hecho grandes conquistas en las damas, y aunque puestas de acuerdo se habian hecho promesas de no honrar el saráo con su presencia noble y distinguida, una vez en su hogar mudaron de consejo y asistieron. Y en verdad que al mirarse frente á frente en el grandioso estrado, no pudieron culparse aquellas damas: ora comun la falta y la excusaron mutuamente con la mayor facilidad.

Llegó el momento de la recepcion.

Las puertas y balcones de la casa derramaban la luz de mil bujias.

El viejo mayordomo, vestido ricamente con costosísima librea, prosidia á una docena de criados vestidos igualmente, y se multiplicaba el buen anciano para que todo se encontrara en orden.

Una nube de pajes, sobradamente enamorados, con trajes recamados de oro y plata y ostentando la daga de los nobles pendiente de sus breves ceñidores, con donaire gentil daban sus lindas manos á las damas que conducian grozosos á los ricos siales del salon.

Tras de los cortinajes, vistiendo un traje muy sencillo sin ningun pasamanos ni bordados, ostentando en su pecho la noble enseña del Apostol, y mostrándo en su rostro la alegría al oprimir la mano de su esposa que rebosaba de ventura, Don Nicolás Garre de Cáceres hacia cumplidamente los honores á cuantos convidados acudían.

En un extremo del salon y sobre un estradito decorado, una selecta orquesta brindaba con torrentes de armonía.

Todos los aposentos y retretes, profusamente iluminados, cubiertos con alfombras y tapices y adornados con muebles, tan ricos cuanto bellos, brindaban al placer de la mo-

licio, haciéndose discretos instrumentos de las enamoradas confianzas.

Fama tenia la casa de los Garros de grande y suntuosa, pero en la noche aquella asombró á todo el mundo con su lujo esplendente y peregrino.

Los convidados todos se encontraban atónitos. No habian podido imaginar siquiera, lo que ante sus miradas se ofrecia; mas lo que sobre todo, llamaba poderosamente su atencion, era el ver á la dueña de la casa radiante de belleza, demostrando en sus ojos la razon y la mayor ternura hácia su esposo, que la colmaba de atenciones con un amor y una solicitud extraordinarios.

Habian dado las nueve ó iba á empezar la danza general, llamada *danza larga*, con que en aquella época solia romperse el baile en los sarásos.

Todas las damas disponibles dejaron sus sitials, asidas de la mano por los pajes, y estos las colocaron con galanteria en la cabeza del salon. Los nobles caballeros se colocaron en la parte opuesta.

Presidia á las señoras Doña Juana Ginér, y su galante esposo á los hidalgos.

Alvaro el mayordomo, esperaba la vènia de su ama para dar la señal.

Los instrumentos de los músicos estaban preparados; la señal iba á darse, cuando anunció un criado:

—El señor regidor, y maestro de plata (1) de la ciudad de Málaga, Luis de Narvaez y Utemí, y el señor capitán Bartolomé de Yesto y de Pareja.

Guardó el ujier breves momentos de silencio y despues añadió:

(1) Encargado de la moneda y barras que venian de las Indias.

—La muy noble señora Doña Inés de Tallante y Bardají y la ilustre doncella Doña Zára....

Universal murmullo ahogó con su ruido la poderosa voz del anunciante, y aunque este completó el anuncio no se oyeron sus últimas palabras, las cuales consistían en el noble apellido de la jóven.

Don Nicolás abandonó su sitio y recibió en sus brazos á Narvaez, dando despues la mano con cariño al garrido y flamante capitan y uniéndose á su esposa, quien voló á recibir á las señoras estrechando á la jóven en sus brazos y besando su frente con ternura. Esta besó á Don Nicolás con un júbilo inmenso y él la pagó aquel beso con un beso espresivo en su alba frente.

El asombro de todos se convirtió en pavor.

¿Cómo puede explicarse, —se decían, —conducta tan liviana ó inaudita? ¡Abrazar Nicolás á su rival, al soberbio morisco que ansiaba ha poco derramar su sangre con sus terribles matadores celos! ¿Qué ha sucedido aquí, —pensaban los hidalgos, —que el morisco rebelde y sentenciado á ser colgado de la horca, se presente orgulloso y trocado de pronto en regidor y tesorero de S. M.? ¿Cómo es que la señora Doña Juana, que ha poco estaba loca y que ha recuperado la razon y el amor de su esposo por un milagro inexplicable, abraza á su rival públicamente y consiente gozosa, que la acaricie y bese su marido? ¡Y esa impúdica esclava, si bella licenciosa y despreciable, se hace anunciar ante esta honrada concurrencia como ilustre doncella y con un Don prestado ante su nombre! —Y seguían murmurando hidalgos, damas y doncellas: —¿Cómo esplicarse puede que el fanfarron de Yeste, eterno autor de osadas aventuras, tan valiente y gallardo cuanto pobre, ciña la roja banda y obtenga cual presume, el amor de la noble Doña Inés; en cuya

guarda viene rozagante tratando de humillarnos con su mirada altiva y desdenosa? ¿Y cómo la señora Doña Inés, tan noble, rica y bella, ama á ese soldadote sin fortuna, y, lo que mas asombra, apadrina á la esclava y la introduce audáz entre nosotros?

Tales árduos problemas preocupar consiguieron á cuantos nobles convidados poblaban el salon, y un murmullo tenaz, y un movimiento extraordinario llegaron á turbar la compostura y aguar por fin la contradanza larga, formáronse en corrillos los hidalgos, se agruparon las dueñas y doncellas y las murmuraciones mas extrañas reinaron por completo por do quier.

En tanto, desentendiéndose de todo, los dueños de la casa obsequiaban solícitos á Zára, á Doña Inés, á Yesto y á Narvaez, los cuales recibian gozosos aquellos expresivos cumplimientos.

El Alcalde mayor, Don Luis García de Cáceres, Alarcon y Segado, hacian coro á los dueños de la casa, lo cual chocaba á todos grandemente.

Por fin, no pudo contenerse Juan Ginér, y aproximándose á su hermana la dijo estas palabras con enojo:

—Sin duda hermana mia, la razon se ha eclipsado en esta casa. Por fin ¿has recobrado la salud ó has contagiado á toda tu familia?

Iba ya á contestarlo Doña Juana con rostro amable y sonriente, cuando Don Nicolás se anticipó á decir:

—Gracias os doy, hermano mio, por la solicitud que demostrais. Ni vuestra noble hermana, ni yo mismo, podriamos contestáros como el señor Alcalde puede hacerlo.

Y volviendo sus ojos al Alcalde,

—¿Queréis honrarnos, —dijo, —contestando á mi hermano?

— Quo me place, señor Don Nicolás, —le contestó el Alcalde cortesmente.

Y sacando un papel de su ropilla leyó su contenido con vigorosa entonación, en medio de un silencio y de una expectación extraordinarios.

Contenia aquel papel un fiel y bien escrito extracto, lleno de discreción para evitar sonrojos, de los sucesos ocurridos, con el cual se probaba de la manera mas fehaciente, el origen de Zára y la inocencia de ésta y de su hermano.

Llegó á su colmo la estupefacción.

Luego se dió lectura por el notario Cósme Soldevila, de la escritura de esponsales entre la ilustre Doña Zára y el noble regidor Luis de Narvaez, siendo padrines sus hermanos: dióse tambien lectura de otra escritura semejante, por la cual contraian los mismos dulces lazos, el capitán Bartolomé de Yeste y la noble señora Doña Inés, apadrinados á su vez por el señor Juan de Tudela y su muy noble esposa Doña Leonor Martinez de Cisneros.

Ambos contratos de esponsales obtuvieron las firmas de todos los hidalgos que alli habia.

Despues rompió la danza, y los dulces encantos del saráo hicieron las delicias del concurso hasta las doce en punto de la noche, que jamás nuestros padres, pacaos por demás en sus costumbres, se permitian pasar de aquella hora.

CAPITULO XXXIII.

De como un ángel de la tierra descendió á un calabozo en alas de su caridad, en el cual encontró á una mujer con alma de demonio.

Podrían ser como las siete de la mañana del día nueve de Enero del año 1610, cuando la perezosa luz de la alborada iluminaba débilmente las concientas y apiñadas nubes que, cual triste sudario, cubrían siniestramente el extenso horizonte de la antigua ciudad de Cartagena.

Sonidos mugidos de un mar embravecido por el viento, llenaban de pavor á los marinos, que vigilantes aguardaban las primeras señales de la gran galeaza capitana, montada por el almirante de las escuadras del Atlántico, para hacer zafarrancho de combate.

En todos los murados de la plaza pululaba una nube de soldados.

En el Castillo, en las Casas Reales y sobre el rebellin del Molinete, los veteranos de los tercios y los bizarros milicianos cubrian los parapetos y las barbácanas.

Por todas partes sonaban los clarines y los atambores.

Nada restaba que cubrir, nada que proveer por las autoridades superiores del reino y la ciudad, que se asociaron al efecto.

A no dudar tratábase de bélica función, según se hacia notar en la preocupacion de los vecinos.

Tratábase en efecto, de secundar las órdenes del rey, que consistian en la expulsion total de los moriscos del territorio de la Mancha baja y del reino de Murcia, que debian embarearse en Cartagena en las galeras de S. M.

Desde luego se habian tomado precauciones con la mas exquisita provision, para que no pudiesen rebelarse y someteran su cerviz al yugo.

Indudable era pues, que despochados y puestos en inteligencia con los piratas berberiscos y las escuadrás musulmanas, tratarian de ensayar una desesperada resistencia antes de resolverse á abandonar á la española tierra, perdiendo en ella todas sus riquezas adquiridas á fuerza de trabajo.

En tal concepto las autoridades trataron de extremar las precauciones, y prescindiendo de la caridad que inspirar siempre debe el infeliz vencido, como si se tratára de un ojeo, hecho en el ancho bosque en demanda de fieras; les empujaron rúdamente desde los últimos confines del pais con direccion al mar, hasta encerrarlos en tropel en el estrecho espacio que á la sazón mediaba entre la antigua veneranda ermita del Señor San José y su inmediato monte de los moros, esto es, en el angosto valle que vierte sus corrientes en el mar por la arenosa playa llamada entonces Pata del Gigante. Pero volvamos á los hechos con la ilacion debida.

Mediante un gran redoble de atamboros, que resonó en la plaza del Concejo, el muy magnífico señor corregidor de Murcia, Cartagena y Lorca, cabalgando en soberbio palafren y llevando á su diestra al marqués de los Vélez y al alcalde mayor, como igualmente á su siniestra mano al invicto almirante y al no menos invicto Bracamonte, á los que daba escolta el escuadrón de nobles á caballo al mando del hidalgo santiagués, capitán de corazas, Don Nicolás Garre de Cáceres, y los hombres de armas, precedentes de Murcia, mandados por el noble capitán Don Nicolás de Arróniz Vozmediano, sonaron los clarines del Concejo, y á una señal del muy magnífico señor corregidor de Murcia, Cartagena y Lorca, esforzando su voz el pregonero repitió las palabras que el escribano Cósmo Soldevila leyó en el bando de S. M.

Nadie pudo extrañar el feróz contenido de aquel bando, pues que al llegar las tropas, dos semanas antes, suponía todo el mundo la causa de su arribo á Cartagena.

Y sin embargo, los moriscos que, desechando su temor, presenciaban el acto noroniano de una corte fanática y cruel, rompieron en un llanto inconsolable al oír las penas que infligía, y golpeando sus rostros, mesándose el cabello y haciendo otros extremos de dolor, corrieron presurosos á sus casas y fueron á arrojarse desolados en los amantes brazos de sus hijos y desconsoladísimas mujeres, á los cuales regaron con su llanto.

Irguiéronse sin duda los mas bravos; quizá la desesperación les haría acariciar la mutadora gemia con mano convulsiva por la ira; de su ardiente mirada partirían dos centellas sobre el discreto mueble tras del cual ocultaban la espingarda; pero el furor insano de aquellos corazones excitados por el mas fiero onajo, se convirtió muy luego en el más doloroso desaliento.

Era muy natural.

Aun no habia recorrido la ciudad la noble comitiva que autorizaba el malhadado bando, cuando tronó el cañon de las escuadras, del Alcázar Real y del Castillo.

Nada indicaba aquel fragor horrisimo que no fuera terrible; sollaba con estrépito siniestro la ejecucion de un acto abominable, que cual el negro crimen del suicidio manchó los nobles timbres de Castilla. La expulsion de los moros era un hecho.

Funesto aquel rumor cruzó ráudo la atmósfera y fué á repercutir terriblemente, como un eco maldito, en los entristecidos corazones de las pobres familias mahometanas.

Todos ellos temblaron como la hoja del árbol que sacude el furioso vendaval.

Uno entre todos ellos estuvo á punto de estallar de ira. Era el de Estrella de Archivel que encerrada se hallaba en lóbrego y estrecho calabozo, tras de la barbacana del castillo que daba frente al mar.

Olas que el huracan embravecido empujaba con fuerza gigantesca, llevaban sus bramidos á través de la estrecha claraboya que, cruzada de hieros, daba una incierta luz á la prision, y su menudo polvo que el choque contra el monte levantaba, refrescaba la frente de la mora, que una fiebre violenta onardecia.

Estrella, si alentaba era merced á su febril estado, á su sed de venganza, si impotente, terrible.

De su anhelante pecho, en que rugia la tempestad del ódio, se exhalaban gemidos cavernosos.

En su rabia impotente lanzaba tremebundas maldiciones á la justicia humana, al cielo y al infierno.

Estaba decretado su destino y conocia su miserable suerte.

La causa criminal que descubría sus fechorías la llevaba á la horca.

Le estaba pues negada la comunicacion con todo el mundo.

Unicamente el viejo carcelero que le llevaba la comida, era el lazo que la ligaba con la sociedad.

Aun á pesar del seductor encanto de la jóven, no pudo seducir al buen anciano: sus constantes comatos no hallaron oco, á su pesar, en el frio corazon del carcelero.

Nunca un ser se encontrára en tan desesperada situacion, cual la que cabia á Estrella en aquellos momentos azarosos.

La débil esperanza que abrigára en su antiguo criado, se trocó en un amargo desconsuelo. Hamet habia dejado de existir á causa de sus sufrimientos.

Y no obstante de verse abandonada de toda humana ayuda, sumida en lóbrega prision, en pobreza absoluta y condenada á desastrosa muerte, aun Estrella soñaba noche y dia en la fiera venganza: su corazon insano abrehado en el odio, latía con un terrible frenesí, esperando un milagro del infierno que sumiera en amarga desventura á la mujer á quien aborrecia de muerte.

Momentos antes de sonar el horrisimo estruendo del cañon, penetró el carcelero junto á ella llevando un cántaro de agua y un pedazo de pan.

—Cuida, morisca, de economizarlo,—la dijo aquel con imperioso tono,—porque el viejo Sepúlveda no ha cobrado una blanca del Ayuntamiento y vota como un turco cuando le pido pan para los presos. Yo no puedo suplir; estoy mas pobre que las ratas.

—Atendíoras mi ruego, carcelero,—le contestó la mora con el acento mas molifluro,—y fueras hoy dichoso lejos de

esos canallas que te mandan con el mas irritante despotismo. ¿Qué ganas, pues, aquí? Una pobre soldada que te dan cual limosna cuando les sobran los recursos, y una comida repugnante que te escatiman miserablemente. Cuando me hallaba en libertad gastaba mas en mantener mis perros que gasta Antonio de Sepúlveda en mantener á sus criados. Aun es tiempo si quieres complacerme....

—O estás loca, morisca, ó es que te ha abandonado la memoria,—la dijo el carcelero.—Dicho te hó ya mil veces, que es inútil tu empeño en convencerme; y no tú que eres pobre como las Animas benditas y mas mala que un lobo, pero ni el mismo Pedro de Balcuenda que es rico como un príncipe indiano, seria en verdad capaz de seducirme.

—¡Que seas tan mentecato!,—exclamó la morisca desdenosa,—tengo un soberbio plan que rico habria de hacer al que me secundára con lealtad. ¿Quieres aprovecharte...?

—Apostaria un ducado á que es un nuevo embrollo eso que quieres proponerme.

—¡Un embrollo!,—le interrumpió la jóven contrariada; y haciendo un grande esfuerzo proyectó la sonrisa en su semblante y continuó con fé:—se trata de un tesoro que yo tengo escondido...

—Me das lástima, Estrella,—le interrumpió el anciano carcelero con el acento mas irónico.—Tu que hablas de un tesoro estás muriendote de hambre.

—Es que no me es posible descubrirlo hallándome encerrada. Si tu quisieras ayudarme...

—Oye, mora embrollona y sigue mi consejo: abjura desde luego tus errores y ponte bien con Dios; de otro modo, mañana, montada en un jumento y tocando en la venta de la horca, seguirás el camino del infierno.

Silvó mas que gritó la infortunada Estrella al escuchar

las frases del anciano y á punto estuvo de arrojarse á él con las manos crispadas por la ira.

—¡Rayos de maldicion!, —articuló en su grito la morisca. —No he de morir, no, no, sin destrozár su alma, el alma de esa esclava miserable.

—Estás haciendo méritos, Estrella, —lo replicó el anciano, —para que llamo á dos soldados y te den veinte azotes.

Demostró la morisca una humildad y un arrepentimiento que se hallaba muy lejos de sentir.

—Refiéreme, buen hombre, —suplicó, —lo que está sucediendo en la ciudad: he escuchado sonidos de atambores, relinchos de caballos....

En aquel mismo instante resonó un cañonazo.

—¡Ah, el bando, el bando de expulsion de los malditos mahometanos!, —exclamó el carcelero. —Voy á verlo cruzar por la ciudad desde el adarve de la torre Nueva.

Marchóse el carcelero y se quedó la mora ensimismada.

Muros infranqueables, como rubasto esñidor de piedra, guardaban á la jóven; estrecha claraboya, abarrotada de inclemente hierro, dejaba penetrar en su prision escasísima luz; la enrarecida atmósfera que su pecho anhelante respiraba, mas bien que al aire puro del Mediterráneo que azotaba la base del Castillo, se asemejaba al pestilente aliento de sucio muladar. Ardiente calentura abrasaba su frente enrojecida y un insufrible frío penetraba en sus huesos dolorosamente.

Y desnudéz, y soledad y hambre, y carencia absoluta de esperanza ante la horrible suerte que tomia, formaban su presente espoluznante, menos impío sin duda, que su terrible porvenir.

Unaso todo esto á su seguridad de que Narvaez, una vez perdonado su delito, merced al sacrificio de su hacienda, sería expulsado á la africana tierra y que allí olvidaría á la mu-

jer que todo lo perdiéra, hasta su salvacion eterna, por haberlo adorado con delirio.

Jamás una mujer, por siniestra que fuese su fortuna, sintió como la mora tamaña tempestad en su conciencia y en su desesperado corazon.

Y es que jamás tampoco una mujer ha odiado cual odiaba la morisca á otra mujer, rival afortunada, ni se ha revuelto tan terriblemente en horrible impotencia, momentos antes de morir bajo la dura mano del verdugo, en la duda asesina de si aquella mujer aborrecida, alcanzaria la sin igual ventura de formar dulces lazos con el ser adorado que merecia su culto mas ardiente.

Un dia, la entonces desolada Estrella, fué rica, bella é irresistible con sus encantos dulces é incitantes: entonces, la cuitada, creyó seguro un porvenir dichoso. ¿Y cómo dudar de él en una sociedad extraviada por fáciles costumbres, que rondian un gran culto á la belleza y aun mas á la fortuna, sin pararse á mirar si la primera hacia su casto nido en la virtud, ó si por el contrario, era sobrado amable con la galanteria propia de aquellos tiempos licenciosos, y si eran las riquezas digno producto del trabajo honrado ó fruto del engaño y la deshonor?

Despues, y andando el tiempo, las mas siniestras y enojosas sombras ompañaron el límpido horizonte que destacó su mágica belleza ante su vista ansiosa de ventura; pero aun así, la jóven, libre, rica y hermosa, luchó con la fortuna sin dudar un momento en dominarla y hacerla servidora de su firmísima entoreza, con la cual consiguiera hacer esclavos de su voluntad á cuantos se acercában á su trato.

Vencida ó vencedora en los mil accidentes de su vida, luchaba la morisca con la fé del creyente que su pasion ardiente la prestaba; y si lograr no pudo quebrantar la entere-

za de Narvaez, aun apesar de sus conatos locos, siempre abrigó esperanza de llegar á vencerla, porque era bella, rica y de diabólico talento, con el cual se propuso á toda costa remover los obstáculos que se oponian á su pasion de fiero.

Un momento llegó, al final de la lucha que sostuvo durante muchos años, en que aquella mujer desesperada cayó en el desaliento mas completo.

Esto instante cruel llegó como forzosa consecuencia de un hecho extraordinario que tuvo efecto algunos dias despues de publicarse el bando de expulsion, ó sea la víspera del dia en que debieron embarcarse en las galeras de S. M. los primeros moriscos españoles.

La férrea puerta de su calabozo se abrió de par en par, y apareció una dama distinguida rebujada en su manto cuidadosamente.

No fuó duña de sí la sorprendida Estrella al ver á aquella extraña aparicion, y exaló un grito agudo de sorpresa.

—Cosad en vuestro espanto, desdichada,—lo dijo la encubierta dama con el acento mas piadoso,—No vengo á molestaros,—continuó,—ni es la curiosidad quien me trae aquí.

—Tened á bien decirme qué queréis,—respondió la morisca á la tapada, ya mas duña de sí.

—Estais muy afligida, pobre jóven, y vengo á consoláros,—lo replicó la dama cariñosamente.

Una sonrisa irónica y amarga proyectaron los labios de la mora, y mirando á la dama la dijo con desdén:

—Recibid, pues, las gracias por la noble bondad que demostrais: es tarde ya, señora; cuando habeis penetrado en mi prision tomí fuera el verdugo.

Dió un grito la tapada cuando escuchó las últimas palabras de la desesperada prisionera: despues rompió en un llanto silencioso que impresionó á la mora vivamente.

—¿Es cierto, por ventura,—dijo ésta,—que existen corazones tan nobles, tan piadosos, que llevan su bondad y sus consuelos hasta el ser desdichado que acusa á Dios de su fortuna impía?

—¿Qué decís, desdichada?—le preguntó la dama de una manera dolorosa.—Dios es dulce consuelo; si no le conoceis, si su nombre ignorais, llamadle Caridad: ese bendito Dios es la Esperanza.

—Conozco bien, señora, por las bellas palabras que decís,—replicó la mora de una manera irónica y amarga,—que ese Dios que invocais os ha tratado siempre cariñosamente. Vos sois feliz sin duda.

—Un día fui desdichada por el injusto trato de una joven que no supo apreciar mis sentimientos,—la interrumpió la dama dulcemente,—pero tuve esperanza en la misericordia del Altísimo, y apiadado de mí, este Padre Clemente y Justiciero, me ha concedido sin igual ventura. Tened fé, hermana mía, y alcanzareis la dicha que ahora os falta.

—Una cosa ambiciono: la venganza,—replicó la morisca en un arranque de febril pasión.—Ni vos ni vuestro Dios podreis salvarme: solo el infierno puede....

—Estais en un error,—la interrumpió la dama con tristeza.—Yo, misero instrumento de ese bendito Dios que rechazais, he venido á salvaros; y os salvaré con su divina ayuda sin otra condicion que os embarquéis con direccion á la africana tierra. Recibid este pase en toda regla, y este bolsillo lleno de doblones. Si despues recordais que á la dulce cristiana caridad debeis la salvacion de vuestra vida, vuestra alma impresionada quizá intente salvarse; y si por el contrario preferis olvidar este rasgo de bondad y persistis tenáz en el error, no temais me arrepienta: os salvaré no obstante vuestra ingratitud.

—¿Es posible, señora, —exclamó la morisca sorprendida y mirando afanosa á la tapada, —que pueda yo alcanzar mi libertad?

—He removido todos los obstáculos, —respondióla la dama dulcemente. —Después de oscurecer recibireis un traje de morisca; saldréis de la prisión guiada por un sirviente de mi confianza, ante quien se abrirán todas las puertas; descendereis del monte del Castillo; hallareis un esquife, cuyo patron os tomará á su bordo y os llevará á una nave, á la cual subireis diciendo al capitán un nombre. Luego que el capitán escuche el nombre, habrá de protegeros, y bajo el de Fátima que contiene ese paso que os he dado, llegareis hasta Orán.

Rindió un hondo suspiro la tapada al terminar sus últimas palabras.

Irguióse entonces la cuitada mora y preguntó á la dama:

—Decid, ¿cual es el nombre que debe pronunciar mi labio para que me protejan en la nave?

—¡Záral, será la mágica palabra que os abrirá el camino de la salvación.

Oscurecióse el rostro de la mora, y clavando su vista centellante en la tapada dama,

—Os deseo conocer, señora, —dijo, —para reverenciaros cual merece sin duda vuestra caridad.

—¿De que habré de serviros, pobre jóven, el conocer mi rostro?, —le contestó la dama manifestándose confusa. —La caridad cristiana debe ocultarse cuidadosamente.

—Mostradme el bello rostro de un ángel como vos, señora mia, —suplicó la morisca dominando la rabia que abrigaba, hija de la sospecha que sentía.

—Es inútil que os muestre mi semblante, —volvió á decir la dama contrariada. —¿Qué habrías de ver en él? Nada que os cuadre.

Y al contestar así trató de desasirse de la mora, que posturada de hinojos la rogaba insistente que levantára el velo de su rostro. Pero nada bastó: al verse así apremiada la señora levantó á la morisca de sus plantas y le dijo con tono cariñoso:

—Me obligais á que os muestre mi semblante y cedo para no mortificaros: mirad mi rostro, pues.

Velozmente la dama alzó el espeso velo y mostró á la morisca un rostro bondadoso y peregrino.

Y la jóven morisca, pálida y convulsiva, miró á la bella dama manifestando el ódio en sus miradas.

—¡Esclava miserable!,—gritó rugiente Estrella con el arrebatado acento de la ira.

—Ved que decís, Estrella,—replicó la señora tristemente;—tened en cuenta,—continuó,—que he venido á salvaros, no obstante los agravios repetidos que tan injustamente me habéis hecho. Olvidad lo pasado como lo olvido yo, viendo tan solo en vos un ser que sufre: ceded; pues, á mi ruego poniendo á salvo vuestra vida.

—No, y mil veces no,—replicó la morisca furibunda;—prefiero perecer en un patíbulo á deberos la vida.—Y mirando á la dama de hito en hito, continuó con crueldad:—Pero no he de morir sin probar el placer de la venganza: si hasta aquí me robasteis la ventura hoy os toca sufrir. Narvaez será expulsado y vos os quedareis en esta tierra, que al fin aunque bastarda, sois cristiana. Ahora puedo morir. Yo subiré á la horca, pero vos vivireis en el tormento lo mismo que Narvaez, y vuestras esperanzas se trocarán en triste desengaño.

—Estais en un error,—le replicó la dama, que no era otra que Zára como habrán comprendido los lectores:—soy la feliz esposa del noble regidor Luis de Narvaez, que honrado sirve al rey y cristiano ama á Dios.

—¿Tú, la infame bastarda de un noble licencioso y libertino?

—Jamás mintió mi labio,—lo dijo Zára con indignacion.
—Pero, á qué disputar: he venido á salvaros....

Un hombre penetró en el calabozo cuya presencia interrumpió á la jóven.

—¡Esposa mia!,—exclamó,—tu caridad ardiente te expone á recibir penosas y funestas impresiones. Socorre ángel de amor, los infortunios, mas no fijes tu planta en el lugar en donde mora el crimen, si digno de piedad, indigno por mi só de respirar el aire que tu alientas. ¿Quién gime, pues, en este calabozo?

Rugió Estrella la mora cual si fuese una fiera horrida por osado cazador. Los ojos de Narvaez se habian fijado en ella con sorpresa; tras de tal impresion mostró la repugnancia en su semblante.

—Zára mia, sal de aquí,—exclamó el jóven árabe tirando de la mano de su esposa;—tu célica virtud no debe descender hasta esa....infame. Sabes que me he negado tenazmente á proteger su fuga, resistiendo tu ruego: te pido Zára, en nombre de mi amor, que la abandones á su suerte, si horrible, merecida.

Antes de abandonar el calabozo, miró Zára piadosa á la morisca, cuyo furor insano la presentaba horrible ante sus ojos, y bajando la voz para que no la oyera su marido, la dijo con bondad:—Ya vendrán á buscaros; librad la vida y sed feliz en el amor bendito de la Cruz.

CAPITULO XXXIV.

En que se dá á conocer la conducta de Estrella en la prision, con la cual concluyó de coronar su obra.

—Querida Zára, —decia Narvaez á su esposa la mañana siguiente al dia citado en el capitulo anterior: —veo que os encontrais preocupada y al parecer intranquila. ¿Que és lo que teneis? No me oculteis vuestros pensamientos; manifestadme vuestros temores, si los abrigais, con la dulce franqueza que debe mediar siempre entre esposos que se aman verdaderamente como nosotros nos amamos. ¿Nada me contestais, querida Zára?, —prosiguió, viendo que esta esquivaba sus miradas.

¿Os he dado por ventura algun motivo de disgusto? Bien sabe Dios que si tal hubiese sucedido, fuera, esposa mia, sin voluntad deliberada de mortificaros. Os consta cuanto os amo y cuanto me preocupa vuestra dicha.

—Lo sé, Luis,—replicó Zára dulcemente, envolviendo á su esposo en el poderoso fluido de un amor fascinante que su mirada destollaba;—vuestro incansable anhelo por hacerme dichosa os hace calumniaros; no sois, no podeis ser vos, de modo alguno, motivo de pesar para la tierna esposa que os adora. No quiero ni debo fingir mas, por que de otro modo agravaria mi delito, el delito que he cometido contra vuestra autoridad de esposo. Os lo revelaré todo en la esperanza de que me perdonareis. ¿Es verdad que alcanzaré vuestro perdón?

—Sí Zára, contad con él, aunque nada que hayais hecho podrá merecer censura. Sois demasiado buena.

No obstante estas palabras, Narvaez miró á su esposa con curiosidad. No acertaba á comprender que aquella mujer tan pura, tan inocente y que tanto le amaba, reservára un secreto para el esposo de su corazón.

Zára recibió un beso de su esposo, y un tanto ruborosa, con estudiada seriedad le dijo:

—Sabeis que soy cristiana fervorosa, y como tal me hallo obligada á ejercitar la caridad.

—Vos sois mas que cristiana,—le replicó Narvaez;—sois un ángel de amor.

—Admito la lisonja, caballero, pues necesito aprovecharme de vuestras propias armas para luchar con vos. Sabed, señor de Narvaez, que he formado un complot.

—¡Un complot, no me explico....! le replicó Narvaez ardiendo de curiosidad.

—Un complot, una intriga, como os plazca llamarlo.

—¿De manera, que vuestras repetidas conferencias con Doña Juana Ginér, Doña Inés de Tallante y Doña Juana de Alarcon, sobre las cuales os hice algunas preguntas que satisficisteis en términos generales, afirmando que os ocu-

pabais de obras de caridad, tenían por objeto ese complot?

—Aunque no me sea lícito denunciar á mis cómplices, ya que los conocéis no deberé ocultaros que esas caritativas damas se han asociado á mis proyectos, ayudándome eficaz y poderosamente á llevarlos á cabo. En el corazón de esas ilustres damas encuentran eco todas las aspiraciones generosas.

—Entonces, Doña Zára, tratándose de nobles procederes ¿á qué echar sobre sí la acusacion de rebeldia? Poco favor me haceis. ¿Soy refractario, por ventura, á que ejerzais la caridad?

Y cual si pretendiera templar con sus demostraciones de cariño las antedichas palabras, pronunciadas con cómica gravedad, besó Narvaez la frente de su esposa, que enrojeció de amor bajo el influjo ardiente y amoroso de aquellos labios acariciadores.

—Esposo mio, —dijo la bella Zára haciendo aparecer en su semblante una dulcísima sonrisa, que no bastó no obstante, á ocultar el reprocho: —por mas que os esforceis no me podreis negar que habeis cohibido á vuestra esposa en una aspiracion que os demostró.

—Decid cual es y si teneis razon me ofrezco á reparar mi entuerto.

—¿No recordais, Luis, que os mostré mi deseo de salvar á esa jóven desdichada, cuyo apasionamiento la indujo á cometer el crimen?

—¿Hablais de Estrella?

—Sí, mi querido Luis, de esa desdichada criatura á quien debeinos compadecer, y á quien como ofendidos, debemos perdonar. Acordáos que sobre el santo madero de la redencion el buen Jesus perdonó á sus enemigos. Por fortuna sois cristia-

no y olvidando antiguos agravios no ayudareis á salvar á esa infeliz perdonando las gestiones que á vuestro pesar y ocultándome de vos, he llevado á cabo para protejer su fuga.

Luis de Narvaez cayó á los pies de su esposa enternecido, y al mirarla arrobado tuvo que en jugar dos lágrimas para poder ver las delicadas líneas que formaban la idealidad de su belleza.

—¡Santa mujer!,—exclamó con indecible entusiasmo;—has acabado por vencer mis escrúpulos. Tu divina caridad ha disipado por completo las nubes que desde hace mucho tiempo, oscurecian á mis ojos el magnífico horizonte del cristiano, que hoy me muestras con tu mano de ángel, en toda su pureza, semejante á la sonrisa de una virgen. Yo, desdichado de mí, me negué á suscribir á tus deseos: no quise tomar parte en una empresa que consideré inmoral y disolvente, por cuanto se proponía atacar á la justicia de la ley que condenaba á un ser culpable. Pero tu caridad, tu abogacion sublime, me hace comprender ahora que sobre la justicia de la ley hay otra superior; esto es, la caridad. Y con este motivo, lanzada mi imaginacion por el bello camino que me indicas al entrar en el nuevo órden de ideas que me ha sugerido tu virtud, recuerdo que junto al sentenciado á muerte caminan y le sostienen al subir las gradas del patíbulo, dos ministros de justicia: el sacerdote y el verdugo. Éste ejecuta en nombre de la ley humana, que representa una idea fatal, inexorable; aquel perdona en nombre de la caridad, que es la Misericordia del Altísimo.

—Luis mío, querido esposo de mi alma,—exclamó Zára dulcemente, abrazando á Narvaez con el mas tierno abandono;—cuán digno eres de mi amor; qué noble y generoso y grande, te muestras á mis ojos. La dicha que me proporcionas y que me hace el ser mas afortunado de la tierra, me

obliga mas y mas á ser piadosa con el sufrimiento. Al asociarte á mis ideas, al secundar mis conatos de perdon hácia una mujer que tanto nos ha ofendido, arrastrada y enloquecida por una terrible pasion que no ha podido dominar, me ligas estrechísima y eternamente al reconocimiento que debe mi alma hácia el hombre que sostiene mi fé en la Providencia, la cual con mano poderosa y llena de bondad sublime, me ha sacado del abismo en cuyo negro fondo deboraba con la calumnia, todos los tormentos y humillaciones que se pueden sufrir en el mundo, y ha concluido por elevarme al encantado cielo de la felicidad divina del amor.

—Y bien, hermosa Zára mia,—la replicó Narvaez enjugando dos lágrimas que arrancaba á sus ojos el enternecimiento;—cuéntame cuanto has hecho para salvar á esa...mujer desventurada.

—Escuchad, pues, Luis, y no tomeis á mal mi atrevimiento, impropio de una dama que se estima y que, sumisa y obediente al esposo de su corazon, jamás debió ocultarle nada.

Ambos esposos se sentaron en un muelle y estrecho campó, y oulazando sus manos dulcemente empezó Zára de este modo:

—Cuando abrigué el temor de la horrible sentencia que ha fulminado la justicia sobre la desdichada Estrella, sintió mi corazon angustias infinitas; mi alma abrigó el remordimiento, y en su ansiedad se preguntó si le era licito ceder ante un castigo tan tremendo, sin procurar la salvacion de la mujer infortunada cuyo delito, si criminal y repugnante, habia nacido de los celos de que yo fui la causa aunque inocente. Entonces acudí á mi esposo, y aunque este abriga un corazon magnánimo apeló á la razon y quiso hacerme ver que seria un mal ejemplo, tan solo digno de censura, el contra-

riar á la justicia arrebatándolo á un culpable é impidiendo por fin que la vindicta pública quedára satisfecha. Tales razonamientos, no obstante su valor irrefutable, no consiguieron conquistar mi ánimo; y sin embargo, no tuve la entereza suficiente para hacer frente á mi querido esposo, y entonces conspiró. No aquí mi culpa, esposo mio.

—Y bien, querida Zára, —la preguntó Narvaez, —¿queréis decirme los medios de que os valisteis para llevar á cabo vuestro generoso proyecto?

—Sí, escuchad: No contando con la resolución necesaria para acometer sola tal empresa, acudí á mis bondadosas amigas las esposas de Yeste y de Alarcon y la de Nicolás mi hermano, para que me prestáran su concurso. Estas ilustres damas, en alas de su caridad, volaron en mi ayuda, probando una vez mas, que si son hijo-dalgas por su nacimiento y hermosas entre todas las nobles hijas de esta tierra, son por sus nobilísimas acciones y por los sentimientos bellos de sus almas, ángeles de la tierra que en nada deben envidiar á los del cielo. Se unieron pues, á mi, y juntas fuimos repetidas veces á pedir por Estrella.

—¿A quien pedisteis, pues?, —lo preguntó Narvaez ardiendo de curiosidad.

—Acudimos al juez, al escribano, al fiscal de la jurisdiccion real. A todos suplicamos.

—Y al fin, ¿qué conseguisteis?

—Nada que bien cuadrara á nuestras ansias. Todos nos recibieron con galanteria, pero manifestaronnos su asombro por vernos implorar misericordia en favor de una infame: tal la llamaban ellos. Lo que mas les chocó fué el verme dirigir aquella empresa, tratándose de Estrella que me habia secuestrado, que quiso envuenerarme, que calumnió mi honra, que conspiró contra mi amor y que sostuvo la impresion desfavor-

rable de repulsion y ódio contra mí, que ella misma creó con sus calumnias, haciendo aparecer mi honor manchado ante los ojos de la sociedad, que vió en mí á una ramera procáz, desvergonzada, causa de la desdicha de una dama y de sus bollos ó inocentes hijos. Todo eso me dijeron sin conseguir vencerme.

—Tenian razon que les sobaba al extrañar vuestra conducta,—le dijo Luis.

—Y sin embargo, no te asombra á tí?—contestóle su esposa dulcemente.

—¿Y cómo he de asombrarme sabiendo como sé que eres un ángel. Eso se queda para ellos, que no te han conocido ni que conocer pueden tus virtudes, tu generosa abnegación. Fuera preciso para ello que voláran sus almas á la pura region en que tú moras.

—Gracias, esposo mio; no quisiera dejarme seducir por tus bellas palabras, que mortifican mi modestia, pero á pesar de todo, mi corazon no puede resistirse al ferviente entusiasmo que al apreciar las dotes de tu esposa derraman tus miradas y tus labios.

El alma de los jóvenes esposos se confundió en el éxtasis de un beso.

—Tengo curiosidad, esposa mia,—dijo Luis de Narvaez,—de saber la manera como te recibió Juan de Tadena.

—La oposicion del grave magistrado á nuestros vivos é insistentes ruegos, no obstante su galanteria y su piedad ingénita conocida por todos,—le contestó su esposa,—se mostró inquebrantable, no bastando ni lágrimas ni ruegos para ablandar su corazon de acero, templado con el fuego del deber.

—¿Y qué hicisteis al veros desahuciadas?

—Cedí aparentemente; me mostré resignada ante las

damas que me habían ayudado noblemente, dando por fracasada nuestra empresa, pero abrigando el ánimo secreto de trabajar yo sola con ardiente afán, hasta alcanzar el triunfo.

—Admiro vuestro ánimo,—le contestó Narvaez mirando sorprendido á Zára.—¿No pudisteis lograr vuestros propósitos auxiliada eficazmente por vuestras amigas, y quisisteis, no obstante, luchar sola?

—Sentía en mi corazón una secreta confianza.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Ofrecí al carcelero una importante cantidad para que secundara mis conatos, y al fin, después de vacilar, cedió.

—¿Y cómo cumplireis?; yo no tengo dinero disponible,—la replicó el flamante regidor con acento inseguro en que se revelaba la contrariedad.—Ahora no explico vuestro estado, vuestra preocupación.—¿Cómo salir del compromiso?

—Nada temais, esposo mio; vuestro buen nombre quedará á cubierto cual cumpla á vuestra honra. ¿Cómo pensar que lo comprometiera yo? Podí á mi hermano el dinero necesario para comprar al carcelero, y me lo facilitó en el acto sin hacerme la menor pregunta. Entonces yo, ganada nuevamente al agradecimiento eterno que le debo, no creí justo reservarle el objeto de aquella petición extraña y se lo revele todo; rogándole, sin embargo, como lo había hecho antes al Alcalde mayor, al escribano y al fiscal, que guardara el secreto.

—En verdad que vuestro hermano se ha portado noblemente, lo cual nada me extraña porque me consta su hidalguía, y esto me obliga más y más para con él. Y decid, Zára, ¿qué dijo vuestro hermano cuando le disteis cuenta de lo que os proponiais hacer?

—No solo me aplaudió sino que también me ofreció una incondicional ayuda; ó hizolo de tal modo que concluyó por vencer cuantos obstáculos se oponian á la consecucion com-

pleta de mi plan. Un hidalgo amigo suyo, que manda una galera de la escuadra del Océano, se ofreció á recibir á Estrella en su buque, bajo nombre supuesto, y á trasportarla al Africa, comprometiéndose á la vez á recomendarla al gobernador de Orán para que la proteja mientras no abandone aquella plaza. Una vez todo convenido, en la pasada noche y aprovechando el primer embarque de los moriscos expulsados, ha debido realizarse la fuga.

—Entonces, ¿á qué estar intranquila cuando sin duda la morisca se encuentra á buen recaudo?—preguntó Luis de Narvaez á su aun intranquila esposa: y cogiéndola por la mano, y acercándola á un balcon de la cámara en que se encontraban, que daba vista al puerto, siguió diciendola:—Ved, pues, la escuadra de S. M. mandada por el general-comendador, Don Luis Fajardo, cómo prepara sus bancos de romeros ó iza sus grávas en los masteleros para hacerse á la mar. Estad tranquila, Zára, que si la morisca se halla á bordo de la galera mandada por el amigo de vuestro hermano, nada deberá temer: cuando noten su fuga ya no podrán hallarla; estará navegando en alta mar.

—¡Quisiera Dios que fuese así!,—exclamó Zára con afán y sin poder disimular su incertidumbre.

—¿Qué teméis, pues?—le preguntó su esposo.

—Que no se haya embarcado, en cuyo caso fracasaría mi proyecto y mi pesar seria terrible, porque hoy mismo, á las diez, dentro de media hora, debian llevarla á la capilla.

—Pero ¿qué motivos teneis para pensar así?; ¿porqué esa desconfianza, ese temor que abrigais?

Zára cogió á su esposo por la mano y le condujo al mirador: una vez allí extendió el brazo con direccion á una galera que empezaba á moverse haciendo rumbo hácia la mar afuera, y con voz insegura y frase entrecortada, en que se revolaba un gran temor, le dijo:

—¿Veis aquella galera que ostenta en su castillo de popa las quinas de Portugal, y que se pone en franquía para salir del puerto?

—Sí,—contestólo su esposo.

—Pues bien,—continuó Zára;—esa galera debía tener izado un gallardete rojo en el mastalerillo de velacho, para indicar que Estrella está á su bordo; su capitán lo ofreció á Nicolás. Desde la madrugada estoy mirando sin cesar y.... no veo el gallardete. Tal es la causa de mi incertidumbre.

—Subamos al Castillo, Zára,—le contestó Narvaez.—Veamos si se ha fugado la morisca.

Y en efecto, subieron los esposos con un anhelo indescriptible, por la parte posterior de la muralla.

Al llegar á la puerta que daba vista al mar, la encontraron abierta y penetraron en la fortaleza sin que á ello se opusiera el centinela.

Poco hubieron de andar para llegar á la prision de Estrella.

Al llegar á su puerta escucharon la voz del viejo alcaide, Antonio de Sepúlveda, que departía con otros caballeros.

Zára y su esposo pensaron desde luego, que apercibidos de la fuga el jefe y oficiales del Castillo, se estaban ocupando del suceso.

Cruzando una mirada se entendieron: no querían encontrarse con Sepúlveda, y al irse á retirar vieron horrorizados, en el mal alumbrado calabozo, un espectáculo terrible: pendiente de una viga se columpiaba ahorcada la morisca.

Zára se quedó oxánimo entre los convulsivos brazos de su esposo.

CAPITULO XXXV.

En que se dá fin á esta verídica historia.

Debemos al lector que haya tenido la paciencia de llegar hasta aquí con la lectura de este libro, la explicación de los últimos momentos de la morisca Estrella de Archivel.

Sigueros estamos de no haber conseguido hacer á esta mujer tan repulsiva como su caracter criminal requiere, no obstante habernos servido de los mas negros colores para pintar sus fechorías. En su favor militaban los celos, la pasión, el infortunio; causas sobrado poderosas para explicar sus crímenes y para conquistar la compasión.

Si esta no fuese una novela histórica y como consecuencia, quedáramos en libertad de decretar la suerte de sus personajes, una razón moral nos habria aconsejado llevar á Estrella al arrepentimiento en el severo y silencioso

claustró, en donde, derramando lágrimas y sufriendo el martirio del remordimiento, alcanzara por fin, tras de la penitente humillación que eleva al cielo al alma arrepentida, el perdón de sus culpas.

Esto parece natural, por mas que con frecuencia sea una fábula, no solo en la novela sino en la misma sociedad humana.

Debemos recordar, para robustecer mas nuestra idea, que otros dos personajes de esta historia, aunque en grado menor que la morisca, se encuentran en el mismo caso, pues que obraron el mal manchando sus conciencias y transgrediendo la moral humana; y sin embargo, debido á su arrepentimiento y haciendo despertar su honor dormido, conquistaron la dicha. Tales son Doña Inés y el antiguo soldado mosquetero; honrada aquella por las gentes, apesar de sus torpes liviandades, y enriquecido este, honrado por el rey y muy considerado por la sociedad.

No así fray Juan Nepomuceno, que arrepentido verdaderamente de su sacrilego perjurio, fué á habitar en *La Muela* y allí acabó su vida en áustera pobreza y humildad.

Los arcanos de Dios, de ese Grande Arquitecto de los mundos, Poderoso y Sublime, para todos los hombres son vedados.

Por eso, el desenlace de los hechos que muchas veces nos parece anómalo, tendrá quizás su lógica divina.

Y como no inventamos, sino que nos ceñimos rigurosamente á la verdad histórica al citar el caracter de todos nuestros personajes, al relatar los hechos en que tomaron una parte activa y al marcar el camino que siguieron hasta llegar al fin de nuestro libro, no hemos debido prescindir de describir el fin de la morisca, tal como sucedió, por mas que esto repugne á nuestro ánimo.

Hólo aquí pues, descrito á grandes rasgos.

En el instante en que la Catedral dió la señal de media noche, penetró el carcelero en la prision con un bulto en la mano, dejando en un pasillo su linterna.

—Vamos, morisca,—dijo con un acento quedo y contenido;—toma este traje que te envia la dama y vistete ligera: el continela de la torre, que debe proteger tu fuga, tome que le releven. No tardes pues, Estrella, si quieres conservar sano el pescuezo.

Pero la jóven no le dió respuesta.

Avanzó el carcelero y llegó junto al lecho de la mora.

—Vamos, ¿no te levantas?,—continuó.—¡Si parece imposible que duerma esta maldita como un tronco en el momento de emprender la fuga!

Y al volverse el anciano para salir en busca de la luz, acertó á tropezar con un objeto, que al parecer pendia del techo del reducido calabozo.

Entonces se salió el anciano, recogió la linterna que hacia poco dejára en el pasillo, y volvió á penetrar en aquel antro, iluminando apenas con su luz el radio pavoroso en que ahorcada la mora se mecía á impulsos de las ansias de la muerte.

Y con la vista fija y espantada, miró el viejo á la mora y observó que sus labios se movian.

Cayó entonces de hinojos el anciano y formuló la cruz con sus dedos crispados y convulsos.

Pasó un breve momento y observó con espanto el carcelero, que de los labios cárdenos de Estrella salian estas palabras, con un acento apenas perceptible:

—¡Muero...pen...sando...en él, con...la sed...que...el infierno...puso...en mi...corazon...desesperado!—Ah...Zára, maldita...de Alah...seas...!

No dijo más Estrella.

Una gran ráfaga de viento apagó la linterna del anciano.

Este cayó desvanecido en tierra.

.....
 Cuenta la tradición, que en aquellos momentos pavorosos la tempestad rugía, y que después de un trueno tremebundo cayó un rayo en la casa de Archivel y la redujo á escombros.

Al cabo de algun tiempo, y cuando su amo Pedro de Balcuenda quiso reedificarla, todos los albañiles de la población rehusaron trabajar en sus ruinas.

A los tristes gemidos que solian exhalarso por un moro, se asociaban los gritos de una mora, que fieros, extridentes ó iracundos salían de los escombros, del algive, del pozo, de los sótanos y hasta de los cimientos de la casa.

Los amargos gemidos, que piedad inspiraban mas que espanto, los exhalaba Julio de Archivel que pereció en la hoguera que encendió el fanatismo de aquel siglo.

Los gritos destemplados ó iracundos, Estrella los lanzaba, maldiciendo con ellos rudamento á los hombres, al cielo y al infierno.

Durante mas de un siglo permaneció en ruinas la casa de Clemente de Archivel. Llamóse entonces «Casa de los Duenos» y nadie se acercaba á ella; antes bien, el cristiano que acertaba á pasar por sus contornos, proyectaba la cruz, rezaba un *Padre Nuestro* muy contrito, y seguia muy aprisa su camino.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	Pag.
PROLOGO.	5
Capt. I. <i>Que trata de las Casas Reales de la ciudad de Cartagena y de como se recibió por el tercer estado el alistamiento de una milicia general.</i>	33
Capt. II. <i>De como el doctor Diego de Frias Ramirez, se encontró en un terrible compromiso, y de como por fin logró tranquilizarse.</i>	48
Capt. III. <i>De como á principios del siglo XVII, el estado llano de Cartagena se mostraba muy irritado contra los privilegios de que disfrutaba la nobleza.</i>	65
Capt. IV. <i>De como hallándose apurado un moro viejo sobrevino en su auxilio un moro joven.</i>	77
Capt. V. <i>En que se dá á conocer al morisco Clemente de Archivel y los infortunados amores de su hijo Julio con la ilustre doncella Doña Mencía de Enri-che.</i>	84
Capt. VI. <i>Quien era Luis de Narvaez.</i>	99
Capt. VII. <i>De como los esclavos de las Casas Reales iniciaron una espantosa rebelion.</i>	106
Capt. VIII. <i>De la parte que Anton Pica tomó en la rebelion de los esclavos y del resultado que tuvo la dicha rebelion.</i>	115

- Capt. IX. *En que se manifiesta quien era aquella Zára á quien habia aludido el jóven moro.* 124
- Capt. X. *Del fallecimiento de Clemente de Archivel y del empeño que éste manifestó en los últimos momentos de su vida, en ligar á Narvaez con lazos indisolubles que á conciencia de éste rechazaba.* 137
- Capt. XI. *En que se dá cuenta del peligro en que se vió Zára, de la providencial manera con que logró librarse, y de los sentimientos que engendraron en ella los accidentes de su salvacion.* 143
- Capt. XII. *En que se dá á conocer al caballero Nicolás Garre de Cáceres.* 156
- Capt. XIII. *De como la morisca Estrella ajustó sus cuentas sin contar con la huéspedá, por lo cual le salió el tiro por la culata.* 160
- Capt. XIV. *De lo que aconteció á Zára en la Iglesia Catedral, con motivo de un sermón que predicó el reverendo dominico fray Norberto de Ceba.* 167
- Capt. XV. *De como Zára, con motivo de un desgraciado suceso que acaeció en la Tola de San Roque á Nicolás Garre de Cáceres, volvió á probar lo enamorada que estaba de este ilustre caballero.* 174
- Capt. XVI. *De como Estrella se introdujo en la posada de San Roque, en donde halló á una bruja y á un soldado, á los cuales convirtió en instrumentos de sus tenebrosas intrigas.* 191
- Capt. XVII. *De como las intrigas de fray Nepomuceno de la Cruz, hijas de su temor á la morisca, pusieron en una situacion muy apretada al buen Bartolomé Segado.* 211
- Capt. XVIII. *En donde se demuestran los honrados sentimientos de Bartolomé Segado, los no menos dignos del señor Diego de Irias, y la razon que tu-*

	<i>ro maese Fernandez el barbero para abocar el sa- co de su indignacion contra los caballeros hijos-dal- gos</i>	229
Capt. XIX.	<i>De como Bartolomé de Yeste dió cuenta á Bartolomé Segado de la parte que habia tomado en el rapto de su esclava, y de su enérgica resolu- cion de buscar á esta, con lo demas que verá el cu- rioso lector.</i>	245
Capt. XX.	<i>En que se dá cuenta de la violenta espli- cacion que tuvo lugar entre la ilustre dama Doña Juana Ginér y su maltrecho esposo Nicolás Garre de Cáceres.</i>	259
Capt. XXI.	<i>En donde se dá á conocer el antro de la bruja Ceserina y la conferencia que esta tuvo con el soldado Bartolomé de Yeste, con otras cosas que pasaron entre la bruja y un mulato.</i>	268
Capt. XXII.	<i>Que trata de la extraña aventura que sucedio á Bartolomé de Yeste, en la cual se operó la metamórfosis del paje Sancho.</i>	281
Capt. XXIII.	<i>Que trata de lo que aconteció en Valen- cia al esclavo Luis de Narvaez.</i>	294
Capt. XXIV.	<i>De como los celos de Doña Inés de Ta- llante, obligaron á Bartolomé de Yeste á ponerse en camino para la villa y córte de Madrid.</i>	303
Capt. XXV.	<i>En que aparece Zára abandona por Es- trella y recogida por la bruja.</i>	314
Capt. XXVI.	<i>En que se dá cuenta de la entrevista que tuvo lugar en el ventorro del Melguizo, entre Bar- tolomé de Yeste y la morisca Estrella de Archivel.</i>	323
Capt. XXVII.	<i>De como Yeste amansó á la morisca, y en amor y compañía siguieron su camino hácia Valencia.</i>	333
Capt. XXVIII.	<i>De como la fiebre del amor hizo im-</i>	

	<i>prudente á la morisca Estrella, y de la manera expeditiva con que Bartolomé de Yeste acertó á desembarazarse de los estorbos que se opusieron á su paso.</i>	344
Capt. XXIX.	<i>De como Estrella agotó en vano cuantos recursos le sugirió su ingenio para vencer la dignidad de Zára.</i>	353
Capt. XXX.	<i>En que se demuestra que, si la imprudencia de un hidalgo de nuevo cuño estuvo á punto de causar un conflicto en Cartagena, la habilidad de un fraile franciscano logró calmar la irritacion que se sentia por una buena parte de los cartageneros, contra Garre de Cáceres.</i>	368
Capt. XXXI.	<i>De lo que ocurrió á Zára desde el momento en que fué recogida por la bruja, hasta el en que la reintegró á su casa el buen hidalgo Antonio de Sepúlveda.</i>	382
Capt. XXXII	<i>En el cual se termina la primera parte de esta verídica historia.</i>	396

SEGUNDA PARTE.

Capt. I.	<i>De como Luis de Narvaez llegó á la ciudad de Murcia revestido de una honrosísima mision, y del convenio que celebró con la esposa del capitán murciano Don Juan Ruiz de Alarcón.</i>	409
Capt. II.	<i>De como Mateo de Villurubia tascaba el freno de la usura, y de la manera providencial con que la bella Zára, esclava de su esposa Doña Estefanía, se hizo instrumento de su salvacion.</i>	428
Capt. III.	<i>De como una visita de Doña Juana Ruiz á</i>	

- su amiga Doña Estefanía Segado, sacó á Mateo de Villorrubide entre las aceradas garras de Somalo. 440
- Capt. IV. De como Doña Estefanía Segado envió á Zaira su esclava á Doña Juana de Alarcon, y de la manera con que fué recibida por esta ilustre y bondadosa dama. 448
- Capt. V. De cómo Zaira del Bedal hizo conocimiento con Brianda Meroño, y de los interesantes sucesos que tuvieron lugar en la torre-castillo de El-Rami. 457
- Capt. VI. De como un joven negro, portador de una carta para Zaira, causó en el alma de esta una gran repulsion hácia Narcaez, y de la escena que medió entre la susodicha joven y el caballero santiagués Don Luis de Bienvenjud. 470
- Capt. VII. En que se dá cuenta de la visita que Nicolás Garre de Cáceres hizo á su amigo Don Luis de Bienvenjud, del prematuro fin de este infortunado caballero, y de la plácida vision que tuvo aquel junto al cadáver de su amigo. 480
- Capt. VIII. De como Nicolás Garre de Cáceres resucitando sus recuerdos avivó sus deseos, y de la providencial manera con que aquellos deseos se contuvieron merced al descubrimiento de un importantísimo secreto. 489
- Capt. IX. Que trata de la excursion que Doña Juana de Alarcon y la familia Bienvenjud hicieron á una de las islas del Mar-Menor, y de los extraordinarios sucesos que en él tuvieron lugar. 502
- Capt. X. De lo bien que se batió el cobre en el castillo de la Redondela, y del oportuno quanto inesperado auxilio que sus ouitados defensores recibieron de un bravo y decidido caballero. 519

- Capt. XI. *Que trata de la gran fiesta que anualmente y el día 25 de Agosto, se celebraba en el antiguo é histórico convento del Sr. San Ginés; de la descripción de este convento, y del choque peligroso que estuvieron á punto de tener el príncipe Ismael y el caballero Garre.* 530
- Capt. XII. *En que se dá cuenta del objeto que condujo á Luis de Narvaez á Cartagena, y de la al parecer escandalosa conducta de la ca-esclava Zára.* 547
- Capt. XIII. *De como la morisca Estrella, bajo el mentido aspecto de servidor leal, exaltó el ánimo de Narvaez y le indujo á acometer una peligrosa empresa.* 556
- Capt. XIV. *En que se demuestra la modificacion que sufrieron los sentimientos de Zára en favor de Narvaez.* 569
- Capt. XV. *En que se hace una sucinta é histórica reseña de los preliminares de la rebelion de los moriscos valencianos.* 576
- Capt. XVI. *En que aparecen en escena algunos personajes de esta historia, envueltos en la feróz y cruenta guerra á que dió lugar la rebelion de los moriscos valencianos.* 586
- Capt. XVII. *De como la traicion manchó de nuevo el alma de Estrella de Archivel.* 598
- Capt. XVIII. *De la visita que la morisca Estrella hizo á Narvaez en su prision, y de lo que resultó de tal visita.* 607
- Capt. XIX. *Del encuentro que un antiguo conocido nuestro tuvo en una posada de Pacheco con un ca-noble genovés y una beata.* 614
- Capt. XX. *En que se dá término al relato de las pe-*

- regrinas aventuras que sucedieron á Bartolomé de Yeste en la península del Yucatan.* 628
- Capt. XXI. *Del extraño incidente que tuvo lugar á la salida de Pacheco, entre el soldado Cañabate y el jören que le acompañaba.* 647
- Capt. XXII. *De como Doña Inés vió colmada su ira al dirigirse á San Francisco, y de como Bartolomé de Yeste se vió humillado por tres hembras.* 655
- Capt. XXIII. *De como Luis de Narvaez hizo la última tentativa cerca de la mujer que amaba, y del amargo desengaño que experimentó.* 667
- Capt. XXIV. *De como sobrevino el Alcalde mayor, seguido de sus alguaciles, evitando una desgracia con su oportuna presencia.* 675
- Capt. XXV. *De las vivas é inútiles gestiones que Garre, en su nobleza y magnanimidad de sentimientos, hizo en favor de un delincuente.* 683
- Capt. XXVI. *De la entrevista que tuvieron dos antiguos amantes, de la reconciliacion que entre ellos se siguió, y como prevaleció la virtud en aquella entrevista á beneficio de la amor.* 688
- Capt. XXVII. *Que trata del encuentro de dos antiguos conocidos frente á la vieja hermita de San Roque.* 703
- Capt. XXVIII. *De como Bartolomé de Yeste cumplió su ofrecimiento á Luis Segado, y de como al fin quedó este convencido de que habia sido burlado indignamente.* 717
- Capt. XXIX. *De como se hicieron patentes muchas estupendas verdades á beneficio del tormento.* 723
- Capt. XXX. *De como se dió el estúpido caso de hacer entrar á un reverendo franciscano en una ratonera, merced al cebo de una bella dama.* 738

Capt. XXXI. <i>De como la ciencia, á principios del siglo XVII, tenia recursos suficientes para combatir la enagenacion mental y de cómo muchas veces la Providencia es un agente superior á la subiduria del hombre.</i>	746
Capt. XXXII. <i>Que trata del saráo que dió Don Nicolas Garre de Cáceres, y de la prodigiosa manera con que se trocó en consideracion y respeto la animadversion de que era victima aquel.</i>	757
Capt. XXXIII. <i>De como un ángel de la tierra descendió á un calabozo en alas de su caridad en el cual encontró á una mujer con alma de demonio,</i>	766
Capt. XXXIV. <i>En que se dá á conocer la conducta de Estrella en la prision, con la cual concluyó de coronar su obra.</i>	779
Capt. XXXV. <i>En que se dá fin á esta verídica historia.</i>	789

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Y levantó el poñasco con una fuerza colosal.	81
Abrió sus bellos ojos y vió al negro rodar por el abismo.	149
Ruiz y Garcia cubrieron la litera con premura.	326
Y proyectó la cruz con su insegura y temblorosa mano.	391
Nicolás Garro se aproximó á un blandon.	500
Entonces el caballo sacudió la cabeza y se lanzó á la sierra.	552
El gigantesco hidalgo fulguró una mirada incandescente.	624
Un hidalgo buen mozo abrió la artesonada puerta.	739